

SADEQ HEDAYAT
LA LECHUZA CIEGA

Lectulandia

La lechuza ciega, una de las obras maestras de la literatura iraní del siglo xx, inédita en nuestro país hasta 1992, sufrió en el momento de su publicación los avatares que parecen obligados para cualquier novela maldita. Con el fin de soslayar la censura del Irán anterior a la guerra, se imprimió en India, de forma precaria (una exigua tirada en multicopista), en 1936. En 1941 se publicó por entregas en la Revista Irán y hasta años después no fue editada como libro. Supuso un verdadero escándalo en la sociedad iraní, pero contó desde el primer momento con apasionados defensores, entre los que se contaba André Breton. Sadiq Hidayat reproduce en sus páginas el universo alucinado de un fumador de opio que, obsesionado por la imagen de una mujer, se ve inmerso en una realidad ajena, fuera del tiempo y del espacio. Las imágenes creadas por Hidayat, siempre macabras y oníricas, muestran una atormentada e inquietante fascinación por la muerte, muy cercana a las mejores páginas de Poe.

Lectulandia

Sadiq Hidayat

La lechuza ciega

El ojo sin párpado - 43

ePub r1.0

Titivillus 27.01.15

Título original: *Buf-e-Kur*
Sadiq Hidayat, 1936
Traducción: María Teresa Gallego & María Isabel Reverte
Fotografía de cubierta: Simon Marsden

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

HAY llagas que, semejantes a la lepra, corroen lentamente el alma, en la soledad. Son males que no se le pueden confiar a nadie. Todo el mundo los sitúa entre los accidentes extraordinarios y, si alguna vez los describe alguien, de palabra o por escrito, la gente, que respeta los conceptos trillados con los que, por otra parte, está de acuerdo, se esfuerza por recibir su relato con sonrisa irónica. Porque el hombre aún no ha encontrado remedio para tal plaga. Las únicas medicinas eficaces son el olvido que dispensa el vino y la somnolencia artificial que procuran la droga o los estupefacientes. Pero, desgraciadamente, sus efectos son pasajeros: el sufrimiento no solo no se calma de forma definitiva sino que no tarda en volver a exacerbarse.

¿Podrá comprenderse algún día el misterio de esos accidentes metafísicos, de esos reflejos de la sombra del alma que solo se perciben en la semiinconsciencia que separa el sueño de la vigilia?

En lo que a mí concierne, me limitaré a relatar una experiencia de este orden. Fui víctima de ella; tanto me trastornó que nunca podré borrarla de la memoria. Mientras viva, hasta el día de la Eternidad, hasta el momento en que me traslade a esos lugares cuya naturaleza escapa a nuestro entendimiento y a nuestros sentidos, su funesto signo condenará mi existencia al veneno. He escrito «veneno»; más bien quería decir que siempre he llevado en mí esta cicatriz y que me marcará eternamente.

Voy a esforzarme por escribir lo que recuerdo, lo que, relativo al desarrollo de las circunstancias, permanece en mi mente. Quizá consiga sacar una conclusión general. No, como mucho conseguiré creer, creerme a mí mismo, pues no me importa que los demás crean o no. Solo le tengo miedo a una cosa, a morir mañana, antes de haberme conocido a mí mismo. Pues el hecho de vivir me ha revelado el abismo que me separa de los demás: he comprendido que, mientras sea posible, debo callarme y guardarme lo que pienso. Si me he decidido a escribir ahora es solo para que me conozca mi sombra —mi sombra que se inclina en la pared y que parece leer con avidez las líneas que voy trazando—. Para ella quiero intentar esta experiencia, para ver si podemos conocernos mejor mutuamente.

Cierto que son preocupaciones fútiles, pero me atormentan más que cualquier realidad. ¿Tienen acaso esos hombres que se asemejan a mí y que dan la impresión de obedecer a las mismas necesidades, a las mismas pasiones, a los mismos deseos que yo, otra razón de ser que la de engañarme? ¿Son algo más que un puñado de sombras creadas únicamente para burlarse de mí, para embaucarme? ¿No es acaso todo lo que siento, todo lo que veo y todo aquello sobre lo que opino un sueño irreconciliable con la realidad?

Solo escribo para mi sombra que la lámpara proyecta en la pared; tengo que darme a conocer a ella.

II

POR primera vez en este mundo vil y miserable creí que un rayo de sol iluminaba mi vida.

Pero, desgraciadamente, no fue más que un destello pasajero, un meteoro. Tomó la apariencia de una mujer, de un ángel más bien. La luz que la aureolaba me permitió vislumbrar, durante un único instante, por espacio de un segundo, toda la miseria de mi existencia y comprendí también cuán bella y grandiosa era. Pero este resplandor no tardó en perderse en el abismo de las tinieblas donde, fatalmente, tenía que desaparecer. No, no supe detener este rayo fugaz.

Desde hacía tres meses, no, dos meses y cuatro días, había perdido su rastro... Sin embargo, el recuerdo de sus ojos mágicos, del mortal destello de sus ojos no dejaba de perseguirme. ¿Cómo olvidarla a Ella, tan estrechamente vinculada a mi existencia?

No, nunca revelaré su nombre: silueta etérea, esbelta, vaporosa, con dos ojos inmensos, asombrados, resplandecientes, en cuyas profundidades se consumía mi vida, lenta, dolorosamente. Nada la liga a este mundo vil y feroz. No, no mancharé su nombre con el contacto de las cosas terrenas.

Cuando la hube perdido, me aparté por completo de la sociedad de los hombres, del corro de los cretinos y de los venturosos. Me refugié en el vino y en el opio para olvidar. Mis días transcurrían, y siguen transcurriendo, entre las cuatro paredes de mi cuarto. Mi vida entera ha transcurrido entre cuatro paredes.

De la mañana a la noche, me dedicaba a decorar cueros para escribanías^[1], a beber y a fumar. Había escogido ese trabajo ridículo, decorar cueros para escribanías, para atontarme y *matar* el tiempo.

Por suerte, mi casa se encuentra a las afueras de la ciudad, en un rincón silencioso y tranquilo, apartado de la tumultuosa vida de los hombres. Los parajes más próximos están totalmente desiertos y la rodean unas ruinas. Únicamente al otro lado del barranco se divisan algunas casas de adobe, chatas y rechonchas, y empieza la ciudad. Me pregunto qué loco, qué excéntrico habrá construido esta casucha que data, como poco, del Diluvio. Incluso con los ojos cerrados, veo claramente sus menores rincones; siento que me oprime el ambiente que en ella reina. Una casa que no se encuentra más que dibujada en las viejas escribanías.

Tengo que escribir todo esto para estar seguro de que no me he equivocado en lo que a mí respecta. Tengo que describirle todo esto a mi sombra proyectada en la pared. Sí, una única satisfacción me quedaba, una mínima satisfacción: entre las cuatro paredes de mi cuarto, decoraba escribanías, pasaba el tiempo en este ridículo entretenimiento. Sin embargo, tras haber visto esos dos ojos, tras haberla visto, había dejado de entender el sentido y el valor de cualquier esfuerzo o movimiento.

Cosa extraña, cosa increíble, no se por qué no ha variado nunca el motivo de mis dibujos. Siempre dibujaba un ciprés a cuyo pie se hallaba sentado un anciano

encorvado, semejante a los yoguis de la India. Se envolvía en un *aba*^[2], llevaba un turbante en la cabeza y apoyaba el dedo índice de la mano izquierda en los labios, inmovilizado en un gesto que expresaba asombro^[3]. Frente a él, una joven vestida de negro se inclinaba para ofrecerle una flor de capuchina: un riachuelo los separaba. ¿Había contemplado yo antes esta escena? ¿Me había sido sugerida en sueños? Lo ignoro. Solo sé que nunca pintaba otra cosa. Mi mano trazaba maquinalmente esta escena. Lo mis curioso es que había gente a quien le gustaba; enviaba incluso hasta la India estos cueros para escribanías, por medio de mí tío, que los vendía y me mandaba más cueros a cambio.

Esta escena me parece próxima y lejana a un tiempo. A decir verdad, no la recuerdo muy bien... Acabo de acordarme de algo. He dicho que tengo que escribir mis memorias. Sin embargo, este acontecimiento ocurrió mucho después y no tiene relación alguna con lo que quiero contar... Fue después de esto cuando renuncié por completo a dibujar. Ocurrió hace dos meses y cuatro días. Era el decimotercer día después del Noruz^[4]. Había mucha gente en las inmediaciones de la ciudad. Yo había cerrado la ventana de mi cuarto para trabajar tranquilo. Caía la tarde. Estaba entregado al dibujo. De pronto, se abrió la puerta y entró mi tío: quiero decir que ese hombre se presentó a sí mismo como si fuera mi tío. Yo no lo había visto nunca pues había partido, muy joven aún, para un largo viaje. Era, al parecer, patrón de barco. Pensé que venía a tratar conmigo de algún negocio, pues había oído decir que también comerciaba. Sea como fuere, mi tío era un anciano jorobado que llevaba un turbante indio en la cabeza y un harapiento *aba* amarillo por los hombros. Ocultaba el rostro en una bufanda pero se veía el amplio escote y el peludo pecho. Podían contársele uno a uno los pelos de la barba rala que asomaban por los pliegues de la bufanda. Tenía los ojos enfermos y enrojecidos y el labio leporino. Se me parecía de una forma remota y ridícula: hubiérase dicho un retrato mío que se reflejara en un espejo deformante. Nunca había imaginado yo a mi padre de forma diferente. Nada más entrar, el hombre se sentó en un rincón del aposento. Pensé que debía preparar cualquier cosa para recibirlo de forma decente. Busqué por todos lados con la esperanza de dar con algo que ofrecerle y, sin embargo, sabía que no había nada en casa: no me quedaba ni opio ni bebidas. De repente, como por intuición, mis ojos fueron a posarse en la parte de arriba de la estantería y divisé una botella de vino añejo que había heredado. Al parecer, ese licor lo habían exprimido al nacer yo^[5]. El frasco estaba en lo alto de la estantería; no me había vuelto a acordar de él, se me había olvidado incluso por completo que pudiera haber en mi casa semejante cosa. Me subí a un taburete que había allí para llegar al estante de arriba. En el momento de coger la botella, miré por el tragaluz. En el campo, tras la casa, había un anciano jorobado sentado al pie de un ciprés. Se inclinaba hacia él una joven o, más bien, un ángel del ciclo, y el viejo, asombrado, se mordía la uña del dedo índice de la mano izquierda.

Allí estaba la joven, ante mí, pero no parecía prestar atención alguna a lo que

pasaba a su alrededor. Miraba sin ver, con una sonrisa estática e inconsciente prendida en los labios como si estuviera pensando en un ausente.

Y desde ese tragaluz fue desde donde divise sus ojos aterradores y hechiceros, sus ojos que parecían llenos de un amargo reproche, sus ojos a la vez turbadores, asombrados, amenazadores e incitantes. La chispa de mi vida se perdió en la profundidad de esas brillantes pupilas de misteriosa expresión. Ese fascinante espejo absorbió todo mi ser y me arrastró hasta esas regiones en que el pensamiento humano pierde todo poder. Ojos rasgados como los de los turcomanos, animados por un esplendor sobrenatural y embriagador, aterraban y atraían a un tiempo. Parecían estar contemplando espantosos misterios cuya vista no habría podido soportar nadie con impunidad. Pómulos salientes, frente despejada, cejas delgadas y juntas, labios carnosos, entreabiertos —labios que parecían recién abandonados por un beso prolongado y ardiente que, sin embargo, no los había saciado—. El negro cabello le caía en desorden enmarcando la palidez del rostro; llevaba algunos mechones pegados a las sienes^[6]. La delicadeza de los miembros, la etérea impassibilidad de los movimientos, todo revelaba que era pasajera y frágil. Solo los gestos de una bailarina sagrada de la India podían resultar tan armoniosos como los suyos. Su actitud melancólica, su entristecedora alegría daban a entender que no se trataba de una criatura corriente. Además, su belleza no era natural; se me aparecía como una visión de opio.

Hacía que me invadiera ese ardor amoroso que procura la mandrágora. Parecía, con su silueta esbelta, con las suaves líneas que le bajaban por los hombros, por los brazos, por los senos, por el pecho, por los muslos y las pantorrillas, como recién arrancada del abrazo de su compañero; era semejante a la mandrágora hembra separada de su macho. Las ropas negras y arrugadas se le pegaban al cuerpo y realizaban sus formas. Pareció querer cruzar el riachuelo que la separaba del anciano pero no pudo. Entonces, este se echó a reír. Era una risa exasperante que ponía los pelos de punta. Rio con risa dura, discordante, sarcástica, sin que le cambiara la expresión del rostro —risa que era un eco de otra risa que llegaba del más allá.

Me bajé del taburete con la botella en la mano, temblando de miedo. No sé por qué temblaba. Era un escalofrío terrible y delicioso como si hubiera despertado de repente de un sueño dulce y espantoso a la vez. Dejé la botella en el suelo y me cubrí la cara con las manos. ¿Estuve así unos minutos o unas horas? Lo ignoro. En cuanto me recuperé, tomé el vino y volví a la sala. Mi tío se había ido, dejando la puerta de par en par, abierta como la boca de un muerto; la risa del viejo me seguía retumbando en los oídos.

Caía la noche; la lámpara humeaba. Seguía sintiendo aquel escalofrío que me había recorrido. Mi existencia acababa de cambiar. Había bastado una mirada a aquel ángel del cielo, a aquella virgen etérea, para hacer que su fluido penetrara en mí hasta alcanzar esas honduras del alma que están más allá de la inteligencia humana.

Había perdido la conciencia. Me parecía que había sabido antaño cómo se

llamaba. El brillo de sus ojos, su cutis, su aroma, sus gestos, todo me resultaba tan familiar como si mi alma y la suya hubieran estado en contacto en la vida anterior del limbo o como si ambas hubieran compartido un origen y una sustancia comunes que convirtieran nuestro encuentro en inevitable. Incluso en esta vida terrestre, necesitaba tenerla cerca. No deseaba tocarla; me bastaba con sentir cómo se mezclaban las invisibles auras de nuestros cuerpos. ¡Terrible aventura! Desde la primera mirada, me había parecido que la conocía. Pero ¿acaso no tienen siempre dos amantes esa impresión de haberse encontrado antes y de estar unidos entre sí por un vínculo misterioso? No aspiraba en esta tierra más que a su amor y solo a eso. ¿Podía conmoverme otra que no fuera Ella? Pero la risa seca, espantosa, del anciano, esa risa siniestra, había roto los vínculos que nos unían.

Tales pensamientos me obsesionaron durante toda la noche. Quise mirar en varias ocasiones por el tragaluz pero me daba miedo volver a oír la risa del anciano. Pase el día siguiente presa de estas preocupaciones; ¿podía renunciar para siempre a verla? Dos días después, estremecido por mil temores, me decidí a volver a colocar la botella de vino en su sitio. Descorrí la cortina; allí estaba, ante mí, la pared, negra, tenebrosa, como velada por esa oscuridad que había invadido toda mi vida. No había hueco alguno, ventana alguna que diera al exterior. El tragaluz cuadrado que se hallaba herméticamente cegado y el sitio en el que había estado no se distinguían del resto de la mampostería, como si nunca hubieran existido. Acerqué el taburete. Pero, por mucho que golpeé el muro con el puño, como un loco, por mucho que aguce el oído, que fui por la lámpara, me fue imposible descubrir el menor vestigio de algún hueco; estaba perdiendo el tiempo golpeando el muro grueso, macizo —como un bloque de plomo.

¿Podía renunciar para siempre? Pero el volverla a ver no dependía de mí. Como alma en pena, esperé, aceché, indagué. ¡Pero en vano! Exploré metódicamente las inmediaciones de la casa, y no solo durante un día o dos, sino durante dos meses y cuatro días. Como un asesino que vuelve al escenario del crimen, como un sonámbulo, daba vueltas alrededor de la casucha. Acabé por conocer hasta las menores piedras de aquellos parajes. Y, sin embargo, no encontré ni rastro del ciprés ni del riachuelo ni de los personajes que había divisado. Por mucho que me arrodillé, de noche, al claro de luna, para implorar humildemente a los árboles, a las piedras, al astro, pues era posible que Ella estuviera también contemplándolo, por mucho que invoqué a todas las criaturas para que acudieran en mi auxilio, no di con el menor indicio. Era imposible que Ella tuviera relación con las cosas de este mundo. Era imposible, por ejemplo, que el agua con la que lavaba sus trenzas no viniera de una fuente singular e ignorada, ni manara de una cueva encantada. Sus ropas no estaban tejidas con lana o algodón corrientes y las manos que las habían cosido no eran cualesquiera manos humanas. Era un ser excepcional. Comprendí que esas capuchinas no eran vulgares capuchinas; tuve la certidumbre de que, si se hubiera mojado el rostro con agua ordinaria, este se habría mustiado en el acto y de que, si

hubiera cortado con sus dedos largos y delgados una flor terrestre de capuchina, estos se habrían vuelto en ese mismo instante como pétalos ajados. ¡Comprendí todo eso! Esta virgen, no, este ángel era para mí fuente de maravillado asombro y de indecible intuición. Su ser sutil e impalpable había despertado en mí la facultad de adorarlo y estaba seguro de que la mirada de un extraño, de un hombre normal, la habría ajado y marchitado.

En cuanto la hube perdido, en cuanto un muro de piedra, un dique húmedo, sin tragaluz, pesado como el plomo se alzó entre nosotros, comprendí que mi vida era vana y sin rumbo. Había dejado sin respuesta la caricia de mis miradas; tampoco había compartido la honda voluptuosidad que yo había sentido al verla, pero era porque no me había visto. ¡Y, sin embargo, yo necesitaba sus ojos! Una sola de sus miradas habría bastado para darme la solución de todos los problemas de la filosofía y de todos los enigmas de la teología. Una sola de sus miradas y todos los misterios se habrían disipado.

Entonces aumente las dosis de alcohol y de opio. Por desgracia, estos desesperados remedios no consiguieron embotarme y proporcionarme el olvido. Antes bien, día a día, hora a hora, minuto a minuto, su cuerpo y su rostro se materializaban con más fuerza ante mí.

¿Cómo olvidarla? Con los ojos abiertos o cerrados, durante el sueño o durante la vigilia, allí estaba Ella, ante mí, presente ante mi vista, a través de esa lumbrera de mi alcoba, semejante a la oscuridad que envuelve la mente y la razón de los hombres, a través de ese agujero cuadrado que daba al exterior.

¡Nunca más iba a saber lo que era el descanso! Y además, ¿cómo descansar? Me había acostumbrado a salir todos los días al ponerse el sol. No sé por qué me empeñaba en querer dar de nuevo con el riachuelo, con el ciprés, con la mata de capuchinas. Me había acostumbrado a ese paseo igual que me había acostumbrado al opio. Una fuerza sobrenatural parecía obligarme a realizarlo. Mientras andaba, solo pensaba en Ella, en la primera visión que de Ella había tenido, y buscaba el lugar en que la había divisado el decimotercer día después del Noruz. Sí lo hubiera encontrado, si hubiera podido sentarme al pie de ese ciprés, seguramente hubiera gozado de paz. Pero ¡ay!, solo había matorrales y arena ardiente, osamentas de caballos muertos y un perro que olfateaba la basura.

¿Me había encontrado con Ella realmente? ¡Nunca! Apenas la había entrevisto furtivamente por un agujero, por un miserable tragaluz de mi alcoba. Me sentía como un perro hambriento que husmea las inmundicias y que, en cuanto ve a alguien que trae desperdicios, se asusta y corre a esconderse para volver luego a escoger, entre las sobras recientes, aquellas que le agradan. Era como ese perro. Pero habían tapiado el tragaluz y Ella era para mí como un ramo de flores frescas abandonado entre la basura.

El último atardecer que salí, estaba nublado, llovía, una espesa niebla lo velaba todo en las inmediaciones. En medio de ese ambiente húmedo que amortiguaba la

viveza de los colores y la insolencia de las líneas, experimentaba una sensación de libertad y de paz: la lluvia lavaba mis ideas negras. Ahora bien, esa noche aconteció lo que no habría debido suceder. Yo iba deambulando, inconsciente. Sin embargo, durante esas horas de soledad y esos minutos cuya duración no recuerdo bien, se me aparecía su rostro desdibujado, como saliendo de la bruma, con más insistencia que nunca, su rostro enfermizo semejante a esas miniaturas que decoran el cuero de las escribanías.

Creo que, cuando volví, ya había transcurrido gran parte de la noche. Tanto se había espesado la niebla que no veía apenas dónde pisaba. Sin embargo, al llegar ante mi puerta, distinguí, gracias a la costumbre y gracias también a un sentido particular que había adquirido durante mis paseos nocturnos, un bulto vestido de negro, la silueta de una mujer sentada en los escalones. Rasqué una cerilla para buscar el agujero de la cerradura pero, no sé por qué, dirigí involuntariamente la mirada a la silueta negra y vi dos ojos grandes, tenebrosos y rasgados, que brillaban en el rostro pálido y flaco. Yo ya conocía esos ojos que me miraban sin verme. Y, aunque nunca los hubiera visto antes, los habría reconocido. No, no me había equivocado. Era Ella. Me quede allí, atontado, privado de movimiento, como un hombre que está soñando, que sabe que está soñando, que quiere despertarse pero que no lo consigue. La cerilla ardió hasta el final y me quemó los dedos; volví bruscamente en mí. Hice girar la llave en la cerradura, la puerta se entreabrió, le cedí el paso. Como si el camino le resultara familiar, se puso en pie, cruzó el oscuro pasillo y abrió la puerta de mi cuarto. La seguí; cuando encendí la lámpara, vi que había ido a echarse en mi cama. Seguía teniendo el rostro en la sombra y no sabía si me veía o no, si podía oírme o no, No parecía ni asustada ni decidida a resistir. Daba la impresión de que había llegado hasta aquí sin saberlo.

¿Estaba enferma? ¿Se había extraviado? Había caminado inconscientemente como una sonámbula. Nadie puede imaginar por qué estados de ánimo pasé durante esos instantes. Sentía algo así como un dolor delicioso e indecible. No, no me había equivocado, era efectivamente la misma mujer, la misma virgen; había entrado en mi cuarto sin manifestar asombro alguno, sin decir palabra. Yo siempre había imaginado que así transcurriría nuestro primer encuentro. Me parecía estar sumido en un sueño sin fondo; pues era menester estar sumido en un sopor abisal para tener tal sueño. Me parecía que su silencio era parte de la vida eterna, pues en la eternidad no se habla.

La veía como mujer, pero, al mismo tiempo, bailaba en ella algo sobrehumano. Su rostro borraba de mi memoria todos los demás rostros y ello me aturdí. La contemplé tanto rato que se apoderó de mí un temblor y se me doblaron las rodillas. Entonces vi pasar por sus ojos inmensos, por sus ojos desmesurados, por sus ojos húmedos y brillantes, parecidos a bolas de diamante negro sumergidas en un baño de lágrimas, toda la dolorosa aventura de mi vida. En sus ojos, en sus negros ojos, hallé la eterna y profunda oscuridad que andaba buscando; me sumí en sus terribles y hechiceras tinieblas. Me parecía que hacían brotar una inmensa fuerza de lo más

hondo de mi ser. El suelo se estremecía bajo mis pies y caer me hubiera procurado un indecible goce.

El corazón dejó de latirme; contuve el aliento; temía respirar y verla desvanecerse como una nube o como el humo. Su milagroso silencio había elevado entre ambos un muro de cristal. Este instante, esta hora, esta eternidad me asfixiaban. Sus cansados ojos se entornaron despacio como si hubieran entrevisto algo sobrenatural cuya contemplación no pudiera resistir nadie. Como si hubieran visto la muerte. Cerró los párpados; yo estaba como un ahogado que vuelve a la superficie del agua tras los horrores de la agonía. Me entró un temblor; temblaba de fiebre; me sequé con la manga el sudor que me inundaba la frente.

Sus rasgos seguían igual de serenos y de quietos pero parecían más enfermizos y más cansados. Seguía echada, mordiéndose la uña del dedo índice de la mano izquierda. Estaba pálida. A través de las delgadas y ceñidas ropas negras, distinguíase el contorno de las pantorrillas, de los brazos, del pecho, de todo el cuerpo.

Como tenía los ojos cerrados, me incliné para contemplarla mejor. Pero, cuanto más miraba su rostro, más lejos me parecía que estaba de mí. Sentí, de repente, que lo ignoraba todo acerca de los secretos de su corazón y que no había lazo alguno que nos uniera.

Quise hablar pero temí que el sonido de mi voz hiriera sus oídos, sus oídos tan delicados, acostumbrados sin duda a alguna música celeste, lejana y suave.

Se me ocurrió que podía tener hambre o sed. Fui a la alcoba a buscar algo que ofrecerle. Sabía perfectamente, sin embargo, que no había nada en casa. No obstante, me vino algo así como una inspiración; tenía, guardada en lo alto de la estantería, una botella de vino añejo que había heredado de mi padre. Acerqué el taburete y bajé el frasco. Me arrimé de puntillas a la cama. La encontré dormida como un niño. Dormía profundamente y sus largas pestañas se cruzaban y semejaban hilos de terciopelo. Destapé la botella y, despacito, le hice beber una copa de vino a través de los apretados dientes.

Al ver esos ojos que se habían cerrado, sentí nacer en mí, por primera vez en mi vida, una súbita tranquilidad. El absceso que me corroía, el incubo que me laceraba la carne con sus garras de hierro se había calmado. Fui a buscar el taburete y lo coloqué junto a la cama. Le miré fijamente el rostro. ¡Qué rostro tan infantil! ¡Cuán extraña era su expresión! ¿Era posible que esta mujer, esta virgen, este ángel cruel —no sabía qué nombre darle—, era posible que viviera esa doble vida con tal calma y naturalidad? Ahora podía sentir el calor de su cuerpo y respirar el tibio y húmedo perfume que subía de su pesada cabellera negra. Alcé, no sé por qué, mi mano temblorosa —esa mano que ya no me obedecía— y le acaricié los rizos que seguían pegados a las sienes. Hundí en ellos los dedos. Tenía el cabello frío y húmedo, frío, muy frío, como si llevara muerta varios días. ¡No cabía duda de que estaba muerta! Deslicé la mano por la abertura del escote y la apoyé en su pecho, a la altura del corazón. No noté el menor latido. Cogí un espejo y lo sostuve ante su nariz. Ni la

menor señal de vida.

Quise hacerla entrar en calor con mi propio cuerpo, comunicarle mi propio calor a cambio del frío de la muerte. Pensaba que quizá podría insuflarle mi alma. Me desnudé y me tendí a su lado. Estábamos pegados uno a otro como las raíces de la mandrágora, macho y hembra. Su cuerpo era, por otra parte, como el de la mandrágora hembra separada de su macho; ardía en ella la misma pasión que en la mandrágora. Su boca era agria y amarga como el culo de un pepino. Todos sus miembros eran de hielo. La sangre se me helaba en las arterias y ese frío me entraba hasta el corazón. Todos los esfuerzos resultaban inútiles. Me levanté de la cama y me volví a vestir. No, no se trataba de una ilusión, estaba allí, en mi cuarto, en mi lecho, me había entregado su cuerpo, se había entregado a mí en cuerpo y alma.

Mientras había habido vida en sus ojos, su solo recuerdo era mi tormento. Ahora, insensible, helada, con los ojos cerrados, había venido a ponerse en mis manos. ¡Con los ojos cerrados!

Era ella quien había sembrado de veneno mi vida. No, mi vida estaba de antemano destinada al veneno. No habría podido vivir más que una vida envenenada. Acababa de entregarme, en mi cuarto, su cuerpo y su sombra. Su alma frágil y pasajera, sin vínculos con el mundo terrestre, se había deslizado fuera de sus ropas negras y arrugadas, fuera de esa carne que la había hecho sufrir; se había refugiado en el universo de las sombras errantes y me parecía que había arrastrado tras de sí mi propia sombra. Había caído en este lugar, insensible, inmóvil. Sus músculos laxos, sus nervios, sus huesos iban a comenzar a pudrirse y a ofrecer pasto succulento a los gusanos y a las ratas de las entrañas de la tierra. Y yo tendría que pasar una noche larga, oscura y fría, sin fin, en compañía de un cadáver, de su cadáver, en esta habitación de pobre, llena de miseria, en esta habitación semejante a una tumba, entre las tinieblas eternas que me rodeaban y que se habían infiltrado hasta impregnar las paredes. Entonces me pareció que desde el principio del mundo, desde el comienzo de mi existencia, me había acompañado en el tenebroso cuarto un cadáver —un cadáver inerte y helado.

Se estancó el curso de mis pensamientos. Una vida singular despenó en mí: mi existencia se hallaba unida a la de todas las criaturas que me rodeaban y a la de todas las sombras que se estremecían a mi alrededor. Me hallaba profunda, indisolublemente unido al mundo, al ritmo de los seres y de la naturaleza. Una mórbida corriente se había establecido, a través de invisibles hilos, entre mi persona y todos los elementos. Ningún sueño me parecía contrario al orden natural. Podía comprender con facilidad los secretos de las antiguas miniaturas, los de los libros de filosofía más arduos y la eterna estupidez de las formas y de las especies, pues, en ese instante, era partícipe de la gravitación de la tierra y de los cielos, del crecimiento de los vegetales, de los movimientos de los seres animados. El pasado y el futuro, lo próximo y lo lejano formaban ya un todo único con mi vida emotiva.

En semejantes coyunturas, cada cual busca refugio en alguna costumbre

sólidamente arraigada, en alguna manía: el bebedor bebe, el escritor escribe, el escultor esculpe, en resumen, cada cual recurre, para poner fin a su tormento, al móvil más poderoso de su vida y es en tales circunstancias cuando un verdadero artista puede sacar de sí obras maestras. Pero ¿qué podía hacer yo que no poseía talento alguno, yo, miserable decorador de cueros de escribanías? Acostumbrado a producir en serie estampas secas, relucientes, sin alma, ¿qué podía dibujar que llegara a ser una obra maestra?

Sin embargo, me sentí invadido por el entusiasmo y repleto de un intenso ardor. Era como una elocuencia, como una inspiración singular... Quería plasmar en el papel esos ojos que se habían cerrado para siempre, perpetuar su recuerdo. Me dejé llevar por ese impulso. A decir verdad, no tenía ya ningún control sobre mí mismo y cuando se está encerrado con un cadáver... Esta idea me llenó de una alegría extraña.

Al final, apagué la lámpara que estaba humeando, coloqué a mayor altura dos candelabros y los encendí. A la luz de las velas, sus rasgos se tomaron más tranquilos; adoptaron, en la luminosa penumbra de la habitación, una expresión etérea y misteriosa. Fui a buscar papel y cuanto necesitaba para mi trabajo. Me acerqué a *su* cama (pues a partir de ese momento la cama le pertenecía). Quería dibujar con tranquilidad, copiándolo del natural, ese rostro condenado a descomponerse muy poco a poco y a reabsorberse en la nada, fijar en el papel las líneas esenciales de ese rostro que parecía inmóvil e inmutable, escoger los rasgos que más me habían llamado la atención. Un apunte, por muy sobrio que sea, debe provocar una impresión, tener un alma. Yo que me había acostumbrado a ejecutar dibujos en serie en cueros de escribanía, me veía en la obligación de ejercitar mi inteligencia para expresar mi ideal, es decir, para plasmar lo que mi imaginación interpretaba en su fisonomía como algo obsesionante. Sería necesario mirar el rostro, cerrar los ojos y luego llevar al papel los rasgos que se me habían quedado grabados. Quizá descubriría así un opio que pudiera calmar mis tormentos. Me refugié, al fin, en la inmóvil vida de las líneas y de las formas.

El tema era muy acorde con mi carácter de pintor macabro —de cadáveres del natural—. En realidad, yo era un retratista de cadáveres. Pero ¿necesitaba ahora volver a ver sus ojos, sus ojos cerrados? ¿Se había grabado su imagen con suficiente profundidad en mi mente y en mi cerebro?

Lo ignoro. Hasta que llegó la mañana, realicé varios apuntes pero ninguno respondía a lo que yo esperaba. Los rompí uno tras otro, sin cansarme, sin embargo, del trabajo ni sentir correr el tiempo.

Amanecía. A través de los cristales de las ventanas, una turbia luz se había extendido por mi cuarto. Estaba absorto en un esbozo que me parecía más logrado que los anteriores. Pero ¿y los ojos? Esos ojos acusadores que parecían reprocharme faltas imperdonables. No conseguía transmitir el brillo de esos ojos. Toda su vida, su recuerdo se habían borrado por completo de mi memoria. Cuantos esfuerzos hacía resultaban inútiles. Por mucho que miraba el rostro, no conseguía dar de nuevo con la

expresión de los ojos. De repente, vi cómo se le iban coloreando insensiblemente las mejillas con un carmín que recordaba el de la carne expuesta en los mostradores de las carnicerías. Se reanimó. Sus desmesurados y asombrados ojos, sus ojos en los que se había concentrado todo el brillo de la vida y que resplandecían con una luz mórbida, sus ojos enfermos y acusadores, se fueron abriendo poco a poco y se clavaron en mí. Era la primera vez que se percataba de mi existencia. Todo esto no debió de durar más de un segundo. Bastó, sin embargo, para permitirme captar la expresión que estaba buscando y fijarla en el papel. La reproduje con la punta del pincel y, esta vez, no rompí el dibujo.

Me puse en pie y me acerque despacio a ella. La creía viva, resucitada, creía que mi amor había insuflado la vida en su cuerpo. Pero, cuando estuve a su lado, noté el olor del cadáver, del cadáver en putrefacción. Minúsculos gusanos se enroscaban en ella y dos abejorros daban vueltas en torno a su cuerpo a la luz de las velas. Estaba realmente muerta. Pero ¿por qué había abierto los ojos? Lo ignoro. ¿Había soñado? ¿Era cierto?

Sobre todo, que nadie me pregunte nada. Lo esencial era su rostro —no, sus ojos—. Ahora ya los poseía: su alma, en el papel, me pertenecía. A partir de ese momento, el cuerpo me resultaba inútil, ese cuerpo condenado a reabsorberse en la nada, a servir de pasto a los gusanos y a las ratas de las entrañas de la tierra. Ahora estaba sometida a mi voluntad; yo había dejado de ser su juguete. Podría ver sus ojos tantas veces como quisiera. Con todo tipo de precauciones, cogí el dibujo y lo metí en la arquilla de hojalata donde guardaba el dinero; y todo ello lo escondí en mi alcoba.

La noche se iba de puntillas como si hubiera descansado lo suficiente de sus fatigas. Se oían ruidos lejanos y ligeros. Quizá estaba soñando un ave migratoria. Quizá estaban creciendo las plantas. Las pálidas estrellas desaparecieron tras grupos de nubes. Noté en el rostro el suave aliento de la mañana. El canto del gallo se alzó a lo lejos.

¿Qué hacer con el cadáver? ¿Con el cadáver que ya estaba empezando a pudrirse? Pensé primero en enterrarlo en mi propio cuarto; luego se me ocurrió llevármelo para arrojarlo al fondo de un pozo, de un pozo rodeado de capuchinas violeta. Pero ¡cuántos cálculos, cuánto trabajo y cuánta astucia para que no me viera nadie! Además, no quería que ninguna mirada extraña cayera sobre ella. Tenía que hacerlo todo a solas y con mis propias manos. ¡Al diablo! ¿De qué me serviría seguir vivo, muerta ella? Pero ¿y ella? Ningún hombre normal, ninguno que no fuera yo debía ver su cadáver. ¡Nunca! Solo había venido a mi casa a entregarme su cuerpo de hielo y su sombra para que ningún otro la viera, para que ninguna mirada extraña la mancillara. Al fin, tuve una idea: despedazar el cadáver, meter los pedazos en la maleta, mi maleta vieja, llevármela lejos, muy lejos de los ojos de los hombres, enterrarla.

No lo dudé más. Fui a buscar un cuchillo con mango de asta que estaba en la alcoba. Primero, rasgué con infinitas precauciones el fino ropaje negro que apresaba su cuerpo como una tela de araña y que era el único velo que la cubría. Parecía que

había crecido. Me pareció más alta que de costumbre. Luego la decapité; unas gotas de sangre coagulada y fría le manaron de la garganta; a continuación le corté los brazos y las piernas. Coloqué el tronco y los miembros en la maleta, bien ordenados; los tapé con su ropa, su propia ropa negra. Al fin, cerré la tapa, eché la llave y me la metí en el bolsillo. Al acabar, lancé un suspiro de alivio. Levanté el bulto y lo sopesé. Pesaba mucho. Nunca en mi vida me había sentido tan cansado. No, nunca podría llevar la maleta yo solo.

Se había nublado otra vez; había empezado a caer una fina lluvia. Salí de mi cuarto con la esperanza de toparme con alguien que me acompañara y se hiciera cargo de la maleta. No había ni un alma en las inmediaciones. Durante unos momentos, escudriñé la lejanía. Divisé, a través de la niebla, a un anciano jorobado sentado al pie de un ciprés. No se le podía ver el rostro, cubierto por una bufanda muy ancha. Me acerqué a él despacio. Incluso antes de dirigirle yo la palabra, soltó una risa discordante, seca, espantosa, que me puso los pelos de punta. Dijo:

—Si quieres un mozo, ¡aquí estoy yo! ¡Ja! ¡Y hasta tengo un coche de muerto! Todos los días acarreo muertos para enterrarlos en Shah Abd-ol-Azim^[7], ¡ja! Y hasta hago ataúdes, y bien justitos, con calzador. ¡Ahora estoy libre! ¡Ja!

Se echó a reír a carcajadas sacudiendo los hombros. Le indiqué con la mano la dirección en que estaba la casa. Pero, sin darme tiempo a hablar, siguió.

—No vale la pena, ya sé yo dónde vives. ¡Hale! ¡Ja!

Se puso de pie y yo volví sobre mis pasos: entré en mi cuarto y, a duras penas, arrastré la macabra maleta hacia el umbral. Allí estaba un viejo y desvencijado coche de muerto tirado por dos matalones negros y esqueléticos. El viejo jorobado estaba encaramado en el pescante, con un largo látigo en la mano. Ni se volvió para mirarme. Subí penosamente la carga al coche. Había un lugar especial para el ataúd; me tendí en él, con la cabeza apoyada en el reborde para ver lo que me rodeaba, luego me coloqué la maleta en el pecho, agarrándola fuertemente con ambas manos.

El látigo restalló; los caballos comenzaron a caminar entre resoplidos. El vapor que les salía de los ollares dejaba algo así como rastros de humo en el aire cargado de lluvia; avanzaban dando grandes y blandos saltos. Las patas delanteras, descarnadas, y cuyos cascos parecían los muñones de un ladrón, de un ladrón a quien, según la Ley, le han hundido las manos en aceite hirviendo tras haberle cortado los dedos, se alzaban suavemente y se posaban sin ruido. Los cascabeles que llevaban al cuello tintineaban en la húmeda atmósfera con un timbre singular. Se había apoderado de todo mi ser una especie de tranquilidad que no se podía ni razonar ni expresar, ni siquiera sentía ya los tumbos del coche. Solo notaba el peso de la maleta en el pecho.

Me parecía que había llevado siempre sobre el pecho el peso de su cadáver, de su cuerpo. Una espesa niebla cubría los alrededores del camino. El coche cruzaba, con celeridad y suavidad extrañas, colinas, llanuras, ríos. A mi alrededor, se desarrollaba un panorama tal que nunca había visto otro semejante, ni en sueños ni despierto: a cada lado del camino, se divisaban sierras de recortadas crestas, árboles extraños,

achaparrados, malditos, entre los que aparecían casas grises, en forma de triángulo o de prisma, con oscuros ventanucos sin cristales. Aquellas ventanas se parecían a los ojos turbios de una persona presa del delirio. No sé qué peculiaridad tenían las paredes pero hacían que se notara frío en el corazón. No podía concebirse que ningún ser vivo las hubiera ocupado nunca. ¿Acaso se habían construido tales moradas para sombras de seres etéreos?

El cochero debía de haber tomado un itinerario insólito o algún camino desviado. Había tramos en los que solo se erguían en las inmediaciones del camino troncos cortados y árboles deformes. A través de ellos, se veían casas, unas bajas, otras altas, pero todas con formas geométricas, cónicas o de tronco de cono, con ventanas estrechas y oblicuas por las que asomaban capuchinas violeta que trepaban por las paredes. De repente, ese espectáculo desapareció tras una espesa niebla. Pesadas nubes, cargadas de humedad, descansaban sobre la cresta de las colinas; una lluvia fina, semejante a una errabunda e indecisa polvareda, se pulverizaba en el aire. Tras haber rodado largo rato, el coche se detuvo al pie de una alta montaña desnuda. Me quité la maleta de encima y me incorporé.

En la ladera de la montaña, había un lugar solitario, apacible, agradable. Era un lugar que nunca había visto. Sin embargo, me pareció reconocerlo, como si le hubiera resultado familiar a mi imaginación. El suelo estaba cubierto de brotes de capuchinas violeta que no exhalaban perfume alguno. Me dio la impresión de que, hasta aquel momento, nadie había hollado nunca aquella tierra. Dejé la maleta. El viejo cochero se volvió y me dijo:

—Está muy cerca de Shah Abd-ol-Azim. No se puede encontrar nada más apañado para ti.

Busqué en el bolsillo algo para pagarle: no llevaba más que dos krans y un abasí. El hombre soltó una risa seca y horrorosa:

—¡Qué más da! ¡Vale así! Ya me pagarás después. Ya sé dónde vives. ¿No quieres que haga nada más? Porque, ¿sabes?, no me importa nada cavar una fosa, ¡ja! ¡No te dé vergüenza! ¡Mira! Aquí, pegadita al río, al lado del ciprés, te voy a cavar una para tu maleta y luego me largo.

El anciano se bajó de un salto del pescante con una agilidad de la que no lo habría creído capaz. Cogí la maleta: nos encaminamos hacia un tronco de árbol que había a la orilla de un riachuelo seco. Dijo:

—Aquí está bien.

Sin esperar mi respuesta, se puso a cavar con una pala y un pico que había traído. Dejé la maleta en el suelo y me quedé de pie, atontado. El anciano, con la espalda doblada, se puso a trabajar con la destreza de un especialista. Mientras revolvía el suelo, encontró un objeto que me pareció un jarrón vidriado. Lo envolvió en un pañuelo sucio. Al fin, se incorporó:

—¡Aquí tienes el hoyo! Justito, con calzador, para tu maleta, ¡ja!

Me busqué en el bolsillo algo para pagarle: no llevaba más que dos krans y un

abasí. El viejo soltó una risa seca y horrorosa:

—No importa, qué más da, ya sé yo dónde vives y para cobrarme he encontrado un cacharro, un jarrón de Rages^[8], de la antigua ciudad de Rayy, ¡ja!

Luego se rio sacudiendo los encorvados hombros; apretando bajo el brazo el jarrón envuelto en un pañuelo sucio, se dirigió hacia el coche y se instaló en el pescante con singular agilidad. El látigo restalló en el aire, los caballos empezaron a caminar entre resoplidos. Los cascabeles que llevaban al cuello tintineaban en la húmeda atmósfera con un timbre singular. De forma insensible, fueron desapareciendo del todo el coche y los caballos tras una masa de niebla.

En cuanto me quedé solo, lancé un suspiro de alivio. Me parecía que acababan de quitarme de encima un gran peso que me oprimía el pecho. Una deliciosa tranquilidad me invadió por entero. Miré en tomo. Me hallaba en un lugar rodeado de colinas y de montañas violeta. En un altozano, se divisaban ruinas, antiguos monumentos contruidos con macizos ladrillos y, muy cerca, el lecho seco de un riachuelo. El lugar estaba aislado y desierto; reinaba en él el silencio. Me sentía feliz desde lo más hondo de mi corazón y pensaba que, cuando sus grandes ojos despertasen del sueño terrenal, hallarían un lugar en armonía con su naturaleza. Debía, en semejantes momentos, permanecer alejada de los demás humanos, de los demás muertos, igual que había hecho en vida. Había permanecido alejada de la vida de los demás.

Alcé con cuidado la maleta y la deposité en la fosa. Las medidas estaban justas, cabía con calzador. Sin embargo, por última vez, solo una vez, quise mirar. Pasé revista a los alrededores: no se veía ni un alma. Me saqué la llave del bolsillo. Abrí. Pero cuando, al levantar un pliegue del vestido negro, vi entre la sangre coagulada y el bullir de los gusanos sus dos grandes ojos oscuros que me miraban fijamente, vacíos de cualquier expresión, asustados, sus ojos en cuyo fondo se había ahogado toda mi vida, me apresuré a volver a cerrar la tapa; la cubrí de tierra que apisoné con el pie. Fui a las colinas a coger capuchinas violeta sin olor que plante sobre su tumba; por fin, desperdigué guijarros y grava sobre el emplazamiento de la fosa para suprimir cualquier indicio y que no se pudiera localizar la tumba. Tan bien realicé esta tarea que yo mismo fui incapaz de distinguir nada.

Cuando hube concluido el trabajo, me examiné las ropas; las tenía manchadas de tierra y desgarradas, la sangre coagulada se adhería a ellas en negruzcos cuajarones. Dos abejorros revoloteaban a mi alrededor y minúsculos gusanos bullían, pegados a mi cuerpo. Quise borrar las manchas de sangre que cubrían mis prendas de vestir, pero cuanto más me humedecía la manga con saliva, cuanto más frotaba, más se extendía y se espesaba la sangre. Me iba cubriendo y sentía un frío viscoso por toda la superficie del cuerpo. El sol se estaba poniendo. Caía una fina lluvia. Maquinalmente, seguí la huella que habían dejado las ruedas del coche de muerto; cuando vino la oscuridad, me perdí. Sin meta, sin pensar en nada, inconsciente, caminaba despacio, en medio de la opaca negrura. No sabía adónde ir. La había

perdido; había visto sus grandes ojos entre la sangre coagulada y caminaba por una noche tenebrosa, una noche profunda que anegaba toda mi vida; se habían apagado para siempre esos dos ojos que la habían iluminado. Me daba igual llegar a alguna parte o no llegar nunca.

Reinaba un silencio absoluto. Sentí que todos los seres me habían abandonado; me refugié al lado de los objetos inanimados. Se había anudado un vínculo entre mi persona y el ritmo de la naturaleza, entre mi persona y la profunda oscuridad que había bajado a mi alma. Un silencio semejante es como una lengua que los humanos no pueden entender. Me sentía aturdido de voluptuosidad. Me dieron arcadas, se me doblaron las piernas. Presa de infinita fatiga, fui a sentarme encima de una tumba, en el cementerio que flanqueaba el camino. Hundí la cabeza entre las manos haciéndome preguntas acerca de mí, lleno de perplejidad. De repente, una risa seca y horrorosa me devolvió a la realidad, me volví: un hombre con la cara envuelta en una bufanda estaba sentado a mi lado. Llevaba debajo del brazo un objeto envuelto en un pañuelo. Me miró y dijo:

—Seguro que querías ir a la ciudad y te has perdido, ¡ja! Igual te preguntas qué demonios hago en el cementerio a estas horas de la noche. No hay que asustarse. Vivo con los muertos: soy enterrador. No tiene nada de malo, ¡ja! Conozco todos los caminos de por aquí, hasta los más pequeños. Hoy, por ejemplo, he ido a cavar una tumba y he desenterrado este jarrón. Sabes, es un jarrón de Rages, de la antigua ciudad de Rayy, ¡ja! Y además, mira, te lo doy de recuerdo, ¡hale!

Me busqué en el bolsillo, saqué dos krans y un abasí. El anciano dijo, con risa seca y horrorosa:

—De eso nada, qué más da. Te conozco, ya sé yo dónde vives. Tengo un coche de muerto aquí al lado. Ven, que te lleve a tu casa, ¡ja! Está a dos pasos.

Me metió el jarrón entre las ropas y se puso de pie. Se reía tan fuerte que se le estremecían los hombros. Tomé el objeto y fui tras la silueta del anciano. Al revolver del camino estaba parado un desvencijado coche de muerto tirado por dos escuálidos caballos negros. Con singular agilidad, el viejo se subió al pescante. Me subí también al coche y me eché en el lugar en que se coloca el ataúd, con la cabeza apoyada en el reborde para ver lo que me rodeaba. Me puse el jarrón sobre el pecho y lo sujeté con la mano.

El látigo restalló en el aire; los caballos comenzaron a caminar entre resoplidos. Avanzaban dando grandes y blandos saltos, posaban los cascos suavemente y sin ruido. Los cascabeles que llevaban al cuello tintineaban en la húmeda atmósfera con un timbre singular. A través de las nubes, las estrellas contemplaban la tierra, semejantes a las niñas de unos ojos brillantes que hubieran emergido de una sangre negra y coagulada. Se apoderó de mí una deliciosa tranquilidad. Pero el jarrón me pesaba sobre el pecho como un cadáver. Los árboles retorcidos, con sus deformes ramas, parecían ir cogidos de la mano por temor a resbalar en la oscuridad y caer. Casas extrañas, como los dientes de una sierra, y de formas geométricas, con oscuras

ventanas, como si estuvieran abandonadas, flanqueaban el camino. Pero los muros despedían el mismo resplandor pálido y enfermizo de las luciérnagas. Pasaban los árboles, amedrentadores, grupo a grupo, fila a fila, huyendo unos de otros, pero hubiérase dicho que estaban trabados por tallos de capuchinas y se caían. Estaba impregnado por completo de un olor a cadáver y a carne podrida. Olor a cadáver como si mi cuerpo estuviera desde siempre empapado de él y me hubiera pasado la vida entera durmiendo en un ataúd negro mientras me paseaba un anciano jorobado, cuyo rostro no veía, a través de la niebla, entre las errabundas sombras.

El coche se paró. Cogí el jarrón y salté al suelo. Estaba ante mi puerta. Entré a toda prisa, dejé el paquete en la mesa y fui a buscar el cofrecillo de hojalata, ese cofrecillo de hojalata que me servía de arquilla y que había guardado en la alcoba contigua a mi cuarto. Volví hasta la puerta con la intención de dárselo al viejo cochero como pago. Pero el hombre había desaparecido y no encontré ni rastro de él ni de su carricoche. Volví a mi cuarto, contrariado. Encendí la lámpara. Saqué el jarrón del pañuelo en que estaba envuelto y le quité con la manga la tierra que lo cubría. Era un antiguo jarrón vidriado, violeta y traslúcido. Tenía el dorado reflejo de los élitros de los abejorros. En una de las caras, llevaba un adorno en forma de rombo, formado con dos guirnalda de capuchinas violeta. Y en el centro de ese marco...

En el centro de ese marco en forma de rombo, estaba pintado un rostro... Un rostro de mujer con inmensos ojos negros, ojos extraordinariamente grandes, ojos acusadores que parecían reprocharme una falta imperdonable pero de la cual yo no era consciente. Dos ojos que asustaban y hechizaban, pero llenos también de turbación y de asombro, amenazadores y prometedores. Aquellos ojos espantaban y atraían a un tiempo. Desprendían un encanto sobrenatural y embriagador. La mujer tenía los pómulos salientes, la frente despejada, las cejas delgadas y juntas, los labios carnosos y entreabiertos; llevaba dos mechones de cabello en desorden pegados a las sienes.

Saqué del cofrecillo el retrato que de Ella había hecho la noche anterior para compararlo con el dibujo del jarrón. No había la menor diferencia. Parecían calcados uno de otro. Eran un solo dibujo; eran, en efecto, de la misma mano, la de un humilde decorador de escribanías.

Quizá la mente del artista que había adornado el jarrón se había deslizado en mí mientras estaba dibujando y había guiado mis dedos. Era imposible distinguir ambos dibujos. Solo que el mío estaba trazado sobre papel mientras que el del jarrón era de un antiguo vidriado traslúcido, material que daba al retrato un alma extraña y le ponía un destello de maldad en los ojos.

¡No! ¡Parecía mentira! ¡Los mismos ojos, inmensos, vacíos de pensamiento, la misma fisonomía, hermética e ingenua a la vez! Nadie puede comprender lo que sentí. Quería escaparme fuera de mí mismo. ¿Era posible tal coincidencia? Se me representó de nuevo toda la miseria de mi vida. ¿No bastaba, pues, con los ojos de

una? ¡Ahora había dos mirándome con los mismos ojos de Ella! ¡No! ¡Era insoportable! Esos ojos enterrados allá, junto a la montaña, al pie del ciprés, a orillas del riachuelo seco; esos ojos sepultados bajo las capuchinas violeta entre la sangre espesa, entre los gusanos, los bichos y los reptiles reunidos en tomo a ellos; esos ojos en cuyas órbitas no tardarían las plantas en hundir sus raíces para chuparles el humor, me estaban mirando ahora, animados por una vida tenaz. ¡Nunca hubiera creído que cayera sobre mí tal maldición! Sin embargo, en lo más hondo de mí mismo, una vaga culpabilidad me hacía sentir un bienestar singular y poco razonable. Comprendía que había tenido antaño un compañero de miseria. ¿No había sido acaso aquel antiguo decorador, aquel decorador que había pintado el jarrón hacía cientos y quizá miles de años mi compañero de fatigas? ¿No había pasado por los mismos estados de ánimo que yo? Yo, que me había creído hasta entonces el más infortunado de los seres, acababa de comprender que en la época en que existieron unos hombres cuyos huesos se han convertido hace mucho en polvo y cuyas células quizá sobreviven mezcladas con las capuchinas violeta, acababa de comprender que en la época en que unos hombres vivieron en las casas de adobe que se elevan en la colina, había habido entre ellos un miserable dibujante, un dibujante maldito, algún humilde decorador de escribanías, probablemente mi igual. Ahora yo sabía, yo sabía que también él había ardido, que se había consumido por dos grandes ojos negros lo mismo que yo. Ello bastaba para consolarme.

Al fin, dejé mi dibujo al lado del jarrón y fui luego a preparar mi infiernillo, que coloqué, cuando las brasas estuvieron bien calientes, ante ambas imágenes. Fumé unas cuantas pipas. En estado de total beatitud, miré fijamente ambos retratos, pues quería concentrarme y solo el sutil humo del opio podía ayudarme a ello y prestar tranquilidad a mi mente.

Me fumé todo el opio que me quedaba, con la esperanza de que la droga disipara todas las dificultades, apartara los velos tendidos ante mis ojos y disolviera mis recuerdos lejanos, grisáceos y confusos. Mi esperanza se cumplió con creces: pronto mis pensamientos se tornaron minuciosos, inmensos, encantadores. Me hallaba en un estado comparable a aquel en que se está entre el sueño y la lucidez del despertar.

Luego fue como si me quitaran un peso del pecho, como si las leyes de la gravedad hubieran dejado de existir para mí y como si volara libremente en pos de mis ensoñaciones, que-ahora eran amplias, delicadas y sutiles. Me invadió una indecible voluptuosidad. Me libre del peso de mi cuerpo. Mi ser tendía hacia el universo liviano e insensible del reino vegetal —un mundo tranquilo pero lleno de formas, de colores maravillosos—. Mis pensamientos perdieron cohesión, fundiéndose entre esos contornos y esos colores. Flotaba entre ondas que me envolvían en caricias etéreas. Oía los latidos de mi corazón, percibía las pulsaciones de mis arterias. Todo rebosaba un profundo significado y me procuraba, al tiempo, un goce inmenso.

Con toda el alma deseaba abandonarme al sueño del olvido. Y, si hubiera podido

olvidar con un olvido sin fin, si mis ojos, al cerrarse, hubieran podido hundirse lentamente, más allá del sueño, en la nada absoluta, hasta el punto de perder la conciencia de mi propia existencia, entonces mi ser se hubiera disuelto por completo en una mancha de tinta, en un sonido musical, en un rayo de color. Luego esas ondas y esas formas se habrían vuelto tan inmensas que se habrían difuminado hasta volverse imperceptibles. Y mi deseo habría quedado satisfecho.

Poco a poco, me fui sumiendo en el embotamiento y en la inconsciencia —fatiga deliciosa, auras sutiles que se expandían fuera de mi carne—. Luego sentí que mi vida corría en sentido contrario. Sucesivamente, experimentaba estados de ánimo, volvía a ver recuerdos borrados, depurados, de cuando era niño. Y no solo los volvía a ver, volvía a vivirlos, los sentía en toda su plenitud. De minuto en minuto, me iba volviendo más joven, más niño. De pronto, todo se tornó inconcreto y oscuro. Me pareció que todo mi ser pendía de un delgado gancho, en lo hondo de un pozo profundo y tenebroso. Luego quedé libre del gancho. Me deslizaba, me alejaba, sin tropezar con obstáculo alguno. Era un abismo sin límites en el seno de una noche eterna. Al fin, unos velos borrosos, inconcretos, pasaron ante mi vista. Durante un instante, crucé por el olvido absoluto. Cuando volví en mí, me hallé en un cuartito pequeño. Estaba en una postura singular que me parecía a la vez insólita y natural.

III

EL clima, el aspecto del mundo nuevo en que me desperté me resultaban totalmente familiares; me encontraba incluso más a gusto que en el medio que servía de marco a mi existencia anterior —como si no hubiera sido esta más que un reflejo de mi existencia real—. Era otro universo, pero tan inmediato, tan íntimo que en él me hallaba en mi ambiente normal. Acababa de nacer en otro mundo antiguo pero más próximo y más natural.

No era ni de día ni de noche. Una lámpara de aceite ardía en la hornacina de la pared. En un rincón del aposento había un colchón extendido, pero yo no dormía. Me ardía el cuerpo: tenía el *aba*, el *chal*, las manos manchados de sangre. A pesar de la fiebre y de la jaqueca, era presa de una turbación, de un entusiasmo singulares, mucho más poderosos que el pensamiento de limpiar la sangre, mucho más fuertes que la idea del guardia nocturno que iba a venir a detenerme. Llevaba mucho tiempo esperando caer en sus manos, pero estaba totalmente decidido a apurar de un trago la copa de vino envenenado que había en la estantería. Obedecía a esa necesidad de escribir como a un deber. Quería expulsar al demonio que, desde hacía tanto, me torturaba, quería dejar constancia de mi tormento en el papel. Al fin, tras algunas vacilaciones, acerqué la lámpara y comencé como sigue.

IV

SIEMPRE he pensado que no hay nada como el silencio y que no se puede hacer nada mejor que imitar a los alcaravanes que se pasan la vida a la orilla del mar, estirando las alas en su soledad. Pero yo ya no puedo hacerlo. Se ha consumado lo irreparable. ¿Quién sabe? En este mismo instante o luego, dentro de una hora, una panda de guardias borrachos vendrá a detenerme. No tengo intención alguna de salvar el pellejo. Y además es imposible negar, aun cuando haga desaparecer los rastros de sangre. Pero antes de caer en sus manos beberé una copa de ese vino, de esa botella de vino que recibí como herencia y que he puesto ahí, en la estantería.

Quiero exprimir mi vida entera como se exprime un racimo de uvas, echar gota a gota el zumo, no, el vino, como el agua del viático^[9], en la reseca garganta de mi sombra. Quiero, sencillamente, antes de irme, dejar constancia sobre el papel de los males que, en el rincón de este cuarto, me han ido royendo como otras tantas úlceras y tumores. Porque así me resultará más fácil poner en orden mis ideas. ¿Es esto un testamento? No por cierto. No tengo dinero para los jueces ni religión para el diablo^[10]. Y además ¿a qué le podría tener aún apego en esta tierra? He renunciado deliberadamente a cuanto fue la vida. Cuando ya no este, ¡al diablo! Que lea quien quiera mis trozos de papel, ¡me importa un bledo! Solo escribo por esa necesidad de escribir que me domina. Necesito, necesito cada vez más comunicar mis pensamientos a mi ser imaginario, a mi sombra. Esta sombra siniestra que se inclina en la pared, a la luz de la lámpara, y que parece estar leyendo atenta, ávidamente, lo que voy escribiendo. Seguro que lo comprende mejor que yo. Solo a mi sombra puedo hablarle como es debido. Ella es quien me obliga a hablar; solo ella puede oír. Comprende, por supuesto... exprimiré gota a gota el zumo, no, el vino amargo de mi existencia en su garganta y luego le diré: «¡Esta es mi vida!».

Quien me veía ayer veía a un joven débil y enfermo pero quien me viera hoy divisaría a un viejo jorobado de cabellos canos, ojos sin brillo y labio leporino. Me da miedo mirar por la ventana, miedo verme en el espejo. Distingo mis sombras doquier, multiplicadas hasta el infinito... Sin embargo, para relatar bien mi vida a mi sombra doblada en dos tengo que contar una historia. ¡Ay! ¡Cuántas historias de infancia, de amor, de coito, de boda y de muerte, ninguna de las cuales es cierta! A mí los cuentos y las frases bonitas me cansan.

Me esforzaré por exprimir este racimo. Pero no sé ya si contiene algún ápice de realidad. Ignoro dónde estoy. No sé si ese jirón de cielo sobre mi cabeza, si las pocas pulgadas de tierra en las que estoy sentado pertenecen a Nishapur, a Balj o a Benarés. No me fío de nada.

¡He visto tantas cosas contradictorias y he oído tantas palabras discordantes! A fuerza de mirar, se me han desgastado los ojos contra la superficie de los objetos, esa delgada y dura corteza que esconde el alma. Ahora, ya no creo en nada. En este

preciso instante, dudo de la gravedad y de la estabilidad de las cosas, de las realidades más evidentes. Si golpeará con el dedo el mortero de piedra que está en el patio y le preguntara: «¿Eres estable y sólido?», no sé si debería creerlo en caso de que me contestara afirmativamente.

¿Soy un ser autónomo y dotado de individualidad? Lo ignoro. Acabo de mirarme al espejo. No me he reconocido. No, aquel yo anterior ha muerto. Se ha podrido. Y sin embargo nada me separa de él. Tengo que contar mi historia. Pero ¿por dónde empezarla? La vida entera es solo una historia. Tengo que exprimir el racimo de uvas y, cucharada a cucharada, echarle el zumo en la garganta a esa sombra vetusta.

¿Por dónde empezar? Cuanto bulle en este instante en mi cabeza no pertenece más que al momento presente y no tiene ni hora ni minuto ni fecha. El incidente que ocurrió ayer me parecerá mucho más antiguo, mucho más insignificante que aquel otro que aconteció hace mil años.

Es posible que, desde que están cortadas todas las relaciones entre el mundo de los vivos y yo, sean los recuerdos del pasado los que se materializan ante mis ojos. Pasado, futuro, día, mes, año, todo es lo mismo. Las diferentes edades, infancia, juventud, vejez —palabras huecas—. Todas esas cosas solo existen para los hombres corrientes, la chusma —esa es la palabra que estaba buscando—, la chusma cuya vida abarca períodos y límites bien determinados, igual que el año tiene estaciones, y se sitúa en la zona templada de la existencia. Mi vida nunca ha abarcado más que una sola y única estación. Diríase que ha transcurrido en una región fría, entre tinieblas sin fin, mientras ardía eternamente en mi cuerpo una llama a cuyo calor me derretía como la cera.

Entre las cuatro paredes que marcan los límites de mi cuarto, dentro de la muralla que encierra mi existencia y mis pensamientos, mi vida se va derritiendo poco a poco como la cera. No, no es cierto, se parece más a un trozo de madera que ha caído fuera de los morillos y se ha consumido, se ha carbonizado con la llama de los otros leños, sin arder pero sin permanecer tampoco intacto. Sencillamente, lo ha ahogado el humo, el aliento de los otros. Mi cuarto, como todos los demás cuartos, está construido con ladrillos sobre las ruinas de miles de casas antiguas. Las paredes, enjalbegadas, llevan una inscripción en forma de friso, exactamente como las paredes de una tumba^[11]. El menor detalle de esta habitación basta para tenerme la mente ocupada durante largas horas. Por ejemplo, las telarañas que hay en los rincones —porque, desde que me encamé, se ocupan menos de mí—. Del gran clavo de la pared ha estado colgada mi cuna y la de mi mujer y tal vez este clavo haya soportado también el peso de otros niños. Algo más abajo, se ha desprendido un cascote y, en el trozo de mampostería que queda al descubierto, respiro el olor de las cosas y de los seres que residieron aquí hace mucho tiempo. Ninguna corriente de aire ha conseguido aún disipar ese olor persistente, pesado, denso. Olor a sudor, a enfermedades antiguas, olores de alientos, de pies, de meados, de mantequilla rancia, de esteras podridas, olor a tortilla quemada, a cebolla frita, a infusiones, a cuajada, a

caca de niño, olores que salen del cuarto de un joven recién llegado a la pubertad; emanaciones llegadas de la calle; olores muertos o agonizantes, pero vivos aún, cada uno de los cuales ha conservado su individualidad. Hay también otros muchos cuya génesis no se puede descubrir pero cuyo rastro permanece.

Mi cuarto tiene también una alcoba oscura y dos tragaluces que se abren al exterior, al mundo de la chusma. Uno da al patio; desde el otro se ve la calle y así es como me encuentro unido a la ciudad de Rayy. Una ciudad a la que llaman la Novia del Universo y que cuenta con miles de callejuelas intrincadas, de casas chatas, de escuelas, de posadas para las caravanas. Una ciudad que tiene fama de ser la mayor del mundo respira y vive tras las paredes de mi cuarto. Cuando, desde mi rincón, cierro los ojos, adivino sus turbias sombras —es cuanto me interesa de la ciudad, de sus quioscos, de sus mezquitas y de sus jardines.

Ambos tragaluces son los que me unen al mundo exterior, al mundo de la chusma. Pero en mi cuarto también hay, colgado de la pared, un espejo en el que puedo verme el rostro. En mi limitada existencia, este espejo tiene mucha más importancia que el mundo de la chusma que me resulta totalmente ajeno.

De todos los espectáculos que ofrece la ciudad, solo se divisa desde mi tragaluz el puesto de un carnicero miserable que despacha dos corderos diarios; cada vez que miro lo que pasa fuera, veo a ese hombre. Traen muy temprano ante su tienda dos pencos negros y escuálidos, pencos tísicos que tosen con tos profunda y ronca y a cuyos miembros secos parece que les han amputado los cascotes, como si los hubieran mutilado siguiendo las prescripciones de una ley bárbara metiéndoles los muñones en aceite hirviendo. Cada uno lleva, colgando de los costados, dos corderos abiertos. Entonces, con su grasienta zarpa, el carnicero se acaricia la barba teñida de alheña y, tras haber examinado los cadáveres con mirada mercantil, elige dos, sopesa el sebo del rabo con la mano y los cuelga de los ganchos del puesto. Los matalones se marchan entre resoplidos y el carnicero palpa los sanguinolentos cuerpos degollados, de ojos vidriosos y cráneo violeta en el que destacan los ensangrentados párpados. Por fin, coge un cuchillo con mango de asta, corta la carne con cuidado y, con la sonrisa en los labios, se la vende deshuesada a sus clientes. ¡Con qué gusto lleva a cabo esa tarea! Estoy seguro de que encuentra en ello cierta voluptuosidad. Hasta ese gran perro amarillo que ha fijado sus dominios en nuestro barrio y que, con la cabeza gacha y ojos mortecinos, sigue con mirada nostálgica la mano del hombre, hasta ese perro lo sabe. Sabe que el carnicero disfruta ejerciendo su oficio.

A cierta distancia, refugiado bajo una bóveda, está sentado un extraño anciano: ante él se extiende una amplia estera en la que ha dispuesto una podadera, dos herraduras, algunas cuentas de colores, un cuchillo, dos ratoneras, unas tenacillas herrumbrosas, una cuchara de escribanía^[12], un peine al que le faltan dientes, una pala y un jarrón vidriado tapado con un pañuelo sucio. Durante horas, durante días, durante meses he observado desde mi tragaluz a ese individuo. Permanece inmóvil, en una postura invariable. Una mugrienta bufanda le rodea el cuello; lleva un *aba* de

pelo de camello y el vello blanco del pecho le asoma a través del cuello abierto. Tiene los párpados quemados, roídos por una enfermedad tenaz e insolente. En el brazo, lleva un amuleto^[13]. Al caer la tarde del jueves, musita el Corán por entre sus escasos y amarillos dientes^[14] y podría creerse que es así como se gana el pan pues nunca he visto a nadie comprarle nada. Estoy seguro de haberme topado con el rostro de ese hombre en la mayor parte de mis pesadillas. Bajo ese cráneo en forma de huevo, rapado al cero, bajo el turbante que lo envuelve y tras esa frente estrecha, ¿qué pensamientos estúpidos pueden germinar igual que crece la mala hierba? La estera extendida ame el viejo, su revoltillo parecen tener una peculiar relación con su vida. En varias ocasiones he decidido ir a hablarle, comprarle algo, pero nunca me he atrevido. Según mi nodriza, fue alfarero en su juventud pero, de todo lo que hizo, solo conserva ese jarrón. Ahora, se gana la vida como chamarilero.

Esos eran los vínculos que me unían al mundo exterior. En lo que al mundo interior se refiere, solo me quedaban mi nodriza y la zorra de mi mujer; por cierto que mi nodriza lo era también suya; era *nuestra* nodriza. Mi mujer y yo no solo éramos de la misma familia sino que también la Tata nos había amamantado a un tiempo. Además, la madre de mi mujer era hasta cierto punto madre mía. Nunca he conocido a mis padres y me crio esa imponente matrona de cabellos grises. Todo mi afecto filial lo había puesto, pues, en la madre de mi mujer y ese sentimiento no dejó de influir en mi matrimonio.

Me han llegado varios rumores en lo referente a mis padres. Sin embargo, solo un relato de mi nodriza me parece verídico. Me ha contado que mi padre y mi tío eran gemelos: ambos tenían el mismo rostro, el mismo aspecto, el mismo carácter; incluso el timbre de la voz era idéntico. Costaba trabajo distinguir a uno de otro. Además, existía entre ellos tal afinidad que si uno se ponía enfermo, el otro perdía también la salud. Como suele decirse, eran como una manzana cortada por la mitad. Abreviando, se hicieron comerciantes. A los veinte años, fueron a la India a vender artículos de Rayy: tejidos, telas estampadas, velos decorados con flores, piezas de algodón, mantos, chales, agujas, cerámicas, arcilla para lavarse el pelo, cueros de escribanía. Mi padre se había instalado en Benarés y había enviado a su hermano a hacer una gira por las demás ciudades de la región para atender a las necesidades del negocio. Mi padre se enamoró en seguida de una bayadera que era bailarina en el templo de Lingam^[15]. Su ministerio consistía en ejecutar danzas rituales ante la gran estatua del dios y dedicarse al servicio del santuario. Era una muchacha de sangre caliente, tez aceitunada, pechos como limones, grandes ojos rasgados y delgadas cejas que casi se juntaban y entre las que se ponía un lunar rojo.

Me imagino bastante bien cómo era la bayadera, mi madre, con su sari de seda de color cubierto de bordados de oro, con el rostro y el pecho al aire y un chal de brocado echado sobre la pesada cabellera tan negra como la noche eterna; se hacía un moño en la nuca; llevaba ajorcas en las muñecas y en los tobillos; con una flor de oro en la aleta de la nariz, ojos oscuros, rasgados y voluptuosos, dientes deslumbradores,

danzaba con gestos lentos y rítmicos al son del sitar, del tamboril, del laúd, de los címbalos y de la trompeta. Música dulce y monótona que interpretaban unos hombres desnudos tocados con turbantes. Música repleta de profundo significado y en la que se hallaban todos los secretos mágicos, las supersticiones, los vicios y los sufrimientos del pueblo de la India. A través de sus armoniosos movimientos y de sus sensuales incitaciones, de sus hieráticos gestos, la bayadera se abría como un pétalo de rosa. Dejaba que le corriera un estremecimiento por los hombros y los brazos, se inclinaba, se enderezaba de nuevo. ¿Qué impresión pueden haberle causado a mi padre todas sus actitudes, que implicaban otros tantos sentidos y hablaban un lenguaje mudo? Y, sobre todo, incrementando el carácter voluptuoso del espectáculo, el olor acre y pimentado del sudor de aquella mujer, mezclado con el perfume del jazmín y del aceite de sándalo. Perfumes que recordaban al de la resina de los árboles lejanos y despertaban misteriosas sensaciones. Perfume de cofrecillo de farmacia, olor de esos medicamentos venidos de la India que se guardan en el cuarto de los niños, ungüentos desconocidos procedentes de comarcas donde perduran antiguas costumbres. Aquel olor era seguramente semejante al de mis infusiones. Todo aquello resucitó las reminiscencias reprimidas que mi padre llevaba dentro. Se enamoró como un loco de la bayadera, se enamoró como un loco hasta el punto de convertirse a su religión, a la religión de Lingam. Algún tiempo después, la joven quedó encinta y la expulsaron del templo.

Poco después de nacer yo, mi tío volvió a Benarés, Y como si sus impulsos hubieran obedecido a las mismas leyes que los de su hermano, se prendó perdidamente, a su vez, de la bayadera. Aprovechándose del parecido físico y moral que tenía con mi padre, pronto llegó a sus fines. Pero mi madre lo descubrió todo. ¡Declaró que los abandonaría a ambos si no se prestaban a la ordalía de la naja! En tal caso, sería del superviviente. He aquí en qué consistía la prueba: encerrarían con una naja a mi padre y a mi tío en una habitación oscura. Naturalmente, aquel a quien mordiera la serpiente gritaría; el encantador abriría entonces la puerta y dejaría salir al otro, con el que se desposaría la bayadera.

Antes de que lo encerraran en la celda en compañía de su hermano, mi padre rogó a la bayadera que bailara por última vez ante él, que bailara la danza sagrada del templo. Accedió a ello y bailó al son de la flauta del encantador de serpientes. Una antorcha iluminaba la escena. Los movimientos de mi madre eran armoniosos, llenos de un profundo significado; se deslizaba, se retorció semejante a una naja. Al acabar la danza, empujaron a mi padre y a mi tío al calabozo donde habían soltado el reptil. En vez del grito esperado, se alzó un lamento interrumpido por horrorosas carcajadas y luego un alarido de loco. Abrieron la puerta y salió mi tío. Le había envejecido el rostro y el pelo... El miedo, el ruido que hacía el animal al reptar, el silbido de la serpiente furiosa, sus brillantes ojos, la imagen de sus colmillos envenenados, de su

cuerpo, de su largo cuello que remataba una excrescencia en forma de cuchara sobre la que descansaba una cabeza minúscula, el espanto, hicieron que mi tío saliera del tabuco con el pelo blanco. Fiel a su compromiso, la bayadera lo tomó por esposo. Lo más terrible fue que nunca se supo con exactitud quién se había salvado, si mi tío o mi padre. Pues la prueba había trastornado al superviviente y el desdichado no recordaba nada de su pasado. No me reconoció y ese detalle hizo suponer que se trataba de mi tío. ¿No está toda esta historia íntimamente unida a mí destino? ¿No han dejado acaso su huella en mí el eco de esa terrible risa, la barbarie de esa ordalía? ¿No me afectaba directamente aquel acontecimiento? A partir de entonces, no fui ya más que una boca inútil, un extraño. Por fin, mi tío —o mi padre— volvió a Rayy para ocuparse de sus negocios, con la bayadera y conmigo. Me confió a su hermana, mi tía.

Mi nodriza me ha dicho que, al despedirse, mi madre le entregó a mi tía, rogándole que la conservara para mí, una botella de vino tinto mezclado con veneno de naja. ¿Acaso podía una bayadera dejar recuerdo más valioso a su hijo? ¡Vino tinto, elixir de muerte, dispensador de paz eterna! Quizá también ella haya exprimido su vida como un racimo de uvas y me haya entregado el zumo mezclado con el veneno que mató a mi padre. ¡Ahora comprendo cuán valioso era su regalo! ¿Vive aún mi madre? Quizá se halla, mientras escribo, en la plaza de una lejana ciudad de la India, bailando a la luz de una antorcha con gestos semejantes a los que haría si la mordiera una naja. La rodean mujeres, niños, hombres desnudos llenos de curiosidad, mientras mi padre —o mi tío— añoso y encorvado, sentado en un rincón, la contempla recordando el calabozo, el ruido que hacía al reptar la serpiente furiosa, su silbido, su cabeza enhiesta, sus relucientes ojos, su cuello semejante a una cuchara y la marca gris oscuro, en forma de gafas, que en él se distinguía.

Resumiendo, era aún un niño de pecho cuando me pusieron en los brazos de la Tata que amamantaba también a mi prima hermana, la zorra esa, mi futura esposa. Me crio mi tía, una matrona corpulenta de desordenados cabellos grises que le colgaban cubriéndole la frente. Era en esta misma casa, con mi prima, esta misma zorra. En cuanto tuve uso de razón, miré a mi tía como a una madre. La quise con tal ardor que, más adelante, me casé con su hija, mi hermana de leche, por la sencilla razón de que se le parecía.

Para ser exactos, me vi obligado a casarme con ella: solo una vez se entregó a mí —nunca lo olvidaré— ante el lecho de muerte de su madre. Estaba muy avanzada la noche. Todo el mundo dormía. Yo me había levantado, en camisa y calzón, para ir a darle un último adiós a la difunta y había penetrado en la cámara mortuoria. Dos cirios de alcanfor ardían encima del cadáver. Habían colocado un Corán sobre el estómago de la desdichada para impedir que el diablo se le metiera en el cuerpo. Levanté el velo que le cubría la cara. Su rostro serio y atractivo parecía modelado por la huella de todos los apegos terrestres: tenía una expresión tal que sentí deseos de prosternarme. Sin embargo, la muerte me parecía un acontecimiento trivial. La

difunta tenía una sonrisa burlona clavada en la comisura de los labios. Me disponía a besarle la mano y a retirarme cuando, al volver la cabeza, quedé muy sorprendido al ver entrar a la zorra esa, mi actual esposa. ¡Ante los restos de su madre, se pegó a mi cuerpo! ¡Y con qué ardor! Me oprimía contra sí, me prodigaba apasionados besos. Hubiera querido hallarme a cien leguas bajo tierra. No sabía qué actitud adoptar. El cadáver, con los dientes apretados, parecía burlarse de nosotros; la expresión de su sonrisa había cambiado. Perdiendo todo control de mí mismo, abracé a la joven y la besé. En ese mismo momento, la cortina que tapaba la entrada de la habitación se alzó; encorvado y con una bufanda anudada al cuello, apareció mi tío, el padre de la zorra. Soltó una risa seca, terrible, que ponía los pelos de punta. Reía sin mirarnos pero tan fuerte que se le estremecían los hombros. Hubiera querido hallarme a cien leguas bajo la tierra. Si hubiera tenido fuerzas para ello, le hubiera dado un formidable cachete al cadáver que nos contemplaba con aspecto burlón. ¡Qué porquería! Sin saber qué hacer, salí huyendo de la habitación. Por culpa de la zorra esa... Quizá la habían obligado a esa comedia para forzarme al matrimonio.

Aunque era su hermano de leche, tuve que casarme con ella para salvar el honor de la familia pues la muchacha no era virgen. Yo lo ignoraba y ¿cómo iba a haberlo sabido? Se habían limitado a insinuármelo. La noche de nuestra boda, cuando nos quedamos solos, no quiso nada conmigo por mucho que le supliqué. Nada pudo ablandarla: se negó a desnudarse. Decía: «Estoy con la regla». Sin haber dejado siquiera que me acercara a ella, sopló la llama de la lámpara y fue a acostarse en la otra punta del cuarto, temblando como una hoja; parecía que la hubieran arrojado a un calabozo en compañía de un monstruo.

Nadie me creerá porque es para no creerlo: no me dejó que la besara en los labios. La segunda noche dormí en el mismo sitio que la anterior, en la tierra desnuda; las noches siguientes, lo mismo. No me atrevía a nada. Resumiendo, estuve muchos días durmiendo en la otra punta del cuarto, sin cama ni colchón. ¿Quién lo creerá? Dos meses, no, dos meses y cuatro días estuve durmiendo lejos de ella, en el suelo, sin tener el valor de acercarme.

Ella había preparado de antemano, con sangre de palomo, el lienzo virginal^[16]. También es posible que hubiera conservado el de su primera noche de amor para hacerme mayor escarnio. Así que todo el mundo me dio la enhorabuena, la gente guiñaba el ojo. Seguramente pensaban: «¡El muy bribón ha tomado la plaza ayer por la noche!». Yo aguantaba y callaba: se reían de verme tan pánfilo. Me había prometido a mí mismo escribir todo esto algún día.

Pronto me di cuenta de que tenía amantes por docenas. Es probable que le hubiera disgustado desde el mismo momento en que el *mulla*, tras haber soltado unas cuantas palabras en árabe, me la había entregado. Quería ser libre. Una noche, al fin, decidí violarla. Pero cuando intenté realizar mi plan, ofreció una encarnizada resistencia. Consiguió que la soltara. Se levantó y se fue. No tuve más satisfacción que dormir esa noche en su cama, impregnada por completo del calor y el perfume de su cuerpo,

de revolcarme en ella, a mis anchas. Fue la única vez en mi vida que disfruté de un sueño tranquilo. A partir de ese día, durmió en otro cuarto.

Por la noche, al volver a casa, nunca la veía. No sabía si había regresado o no. Y además no quería saberlo, ya que estaba condenado al aislamiento y a la muerte. Intentaba por todos los medios entrar en contacto con sus amantes. Nadie me creerá. Sin embargo, en cuanto me enteraba de que alguien le agradaba, lo acechaba, cometía mil bajezas y sufría mil humillaciones hasta entablar amistad con esta persona, la halagaba, la engatusaba. ¡Y qué amantes! El casquero, el mufti, el amanuense, el vendedor de asaduras, el tendero de la esquina, el filósofo. Cambiaban los nombres y los oficios, pero siempre eran un hatajo de sinvergüenzas. Sentía preferencia por ellos. ¡Y cuánta ignominia! ¡Qué forma de arrastrarme! ¡Es para no creerlo! Temía perder a mi mujer y quería recibir, tomando a sus galanteadores por maestros, clases de buenas maneras y de seducción. Pero no era más que un miserable chulo; todos esos imbéciles me tomaban el pelo. Y además, ¿cómo asimilar la forma de comportarse y los modales de la chusma? Ahora ya lo he entendido: le gustaban esos individuos porque eran desvergonzados, estúpidos y repugnantes. Sus pasiones eran inseparables de la basura y de la muerte. ¿Deseaba yo en realidad acostarme con ella? ¿Era su aspecto físico lo que me había hecho perder la cabeza? ¿O la repugnancia que le inspiraba? ¿Sus gestos, su aspecto? ¿El afecto que desde la infancia le había profesado yo a su madre? A menos que todo ello se fundiera para formar un todo. No lo sé. Me limito a comprobar que esa mujer, la zorra esa, la bruja esa había impregnado todo mi ser de un veneno misterioso que hacía que yo la deseara y, más aún, que hacía que todos los átomos de mi cuerpo necesitasen de los del suyo. Decían a gritos cuánto los necesitaban. Deseaba ardientemente quedarme a solas con ella en una isla perdida, lejos de los hombres. Hacía votos para que aconteciera un cataclismo que acabara con toda aquella chusma que respiraba, se movía y gozaba tras las paredes de mi cuarto. En semejante caso, me habría quedado solo con ella. Sin embargo, incluso en tal circunstancia, ¿no habría preferido cualquier animal, una serpiente india, un dragón, antes que mi persona? Una noche con ella y luego morir ambos, uno en brazos de otro. Tal era para mí la meta suprema.

La zorra parecía disfrutar torturándome, como si el mal que me devoraba no hubiera sido suficiente. Al final, renuncié a toda actividad. Dejé de salir, me convertí en un cadáver ambulante. Nadie estaba en el secreto de mi historia. Mi anciana nodriza me abrumaba a reproches. Por culpa de la zorra esa oía a la gente murmurar a mis espaldas: «¡Pobre mujer! ¿Cómo podrá soportar al chalado de su marido?». Tenían razón: nadie puede imaginarse cuán bajo había caído.

Adelgazaba por días, como si me fuera derritiendo. A veces, me miraba al espejo. Tenía las mejillas muy rojas, habían adquirido el color de la carne colgada en el puesto del carnicero. La fiebre me abrasaba y tenía en los ojos una expresión trágica y voluptuosa a la vez. Me agradaba mi nuevo estado. Había visto en lo hondo de mis ojos la sombra de la muerte; había intuido que tenía que morir.

Llamaron al doctor, al médico de la chusma, nuestro médico de cabecera que, como él decía, nos había criado a todos. Entró, con su turbante del color de los orines y sus tres pelos de barba. Aquel hombre se jactaba de haberle devuelto la juventud a mi abuelo. Me había atiborrado de pelitre y le había hecho tragar a mi tía mucha cañafístula en rama. Se instaló a la cabecera de mi cama, me tomó el pulso, me miró la lengua y me mandó leche de burra, infusiones de cebada y, dos veces al día, fumigaciones de benjuí y arsénico. Le confió también a mi nodriza varias recetas de infusiones y ungüentos extraños en cuya composición entraban hojas de hisopo, aceite de adormidera, extracto de regaliz, alcanfor, hojas de culantrillo, aceite de magarzueta, aceite de laurel, semillas de linaza, piñones y otras zarandajas^[17].

Mi enfermedad se agravó. La única que venía a sentarse a la cabecera de mi cama, en un rincón de mi cuarto, era mi nodriza de arrugado rostro y cabellos grises —era también la nodriza de la zorra—. Me humedecía la frente con agua fresca y me traía tisanas. Me hablaba de mi infancia, de la de la otra. Me contaba, por ejemplo, que, siendo aún de muy corta edad, mi mujer tenía la costumbre de morderse las uñas de la mano izquierda hasta hacerse sangre. Otras veces, me contaba cuentos. Tales relatos me rejuvenecían y me devolvían mi alma de niño pues me evocaban los recuerdos de aquella época lejana. Me acuerdo con toda claridad de que, siendo muy niños mi mujer y yo, cuando estábamos echados juntos en nuestra cuna, una gran cuna de dos plazas, la Tata nos contaba los mismos cuentos. Algunos episodios que entonces no me creía me parecen ahora totalmente concebibles. Pues la enfermedad provocó en mí el nacimiento de un mundo nuevo, de un mundo desconocido y turbio, lleno de formas y de colores, y en el que se obedece a inclinaciones que no intuyen en absoluto las personas con buena salud. Vivía en mi fuero interno las peripecias de esos cuentos y ello me procuraba un indecible goce. Volvía a ser niño. En este mismo instante, mientras escribo estas líneas, siento esas mismas emociones. Todo esto se sitúa en el presente y no en el pasado.

Es indudable que los gestos, los pensamientos, los deseos, las atávicas costumbres a los que han servido de vehículo tales alegorías, de generación en generación, representan otros tantos factores indispensables para nuestra existencia. Hace miles de años, se pronunciaron las mismas palabras, se llevaron a cabo los mismos emparejamientos, se sintieron las mismas pueriles angustias; ¿qué es la vida, de cabo a rabo, más que un cuento chino? ¿No estoy acaso escribiendo mi propio cuento? Los cuentos no son más que una vía de escape abierta para los pobres deseos que cada narrador ha forjado dentro de los estrechos límites de su mentalidad hereditaria y que no ha podido satisfacer.

¡Ay! ¡Adormecerme como en los tiempos de mi infantil inocencia! Sueño apacible que nada vendría a turbar. Al despertar, tenía las mejillas muy rojas, como la carne colgada en el puesto del carnicero. Me ardía el cuerpo, tosía ¡y con qué profunda y terrible tos! Una tos que surgía de no sé qué agujero perdido en lo hondo de mi cuerpo, semejante a la de los matalones que, muy temprano, le llevan al

carnicero los cadáveres de los corderos.

Me acuerdo muy bien. Era noche cerrada. Permanecí unos minutos sin conocimiento. Hablaba solo, esperando el sueño. Sentía que me había vuelto niño de nuevo; estaba acostado en mi cuna. Había alguien a mi lado. Hacía mucho que todo el mundo dormía en la casa. Iba a llegar el alba y en ese momento parece, bien lo saben los enfermos, que la vida se retira lejos de las fronteras del mundo. El corazón me latía muy fuerte pero no sentía miedo. Tenía los ojos abiertos aunque no veía a nadie; reinaba una profunda oscuridad. Pasaron unos cuantos minutos; un pensamiento mórbido me cruzó la mente. Pensé: «¡Tal vez sea ella!». En ese mismo instante, sentí una mano fresca posarse en mi ardorosa frente. Me invadió un temblor. Me pregunté si no sería la mano de Azrael^[18]. Luego me volví a dormir. Al despertarme, por la mañana, la nodriza me dijo que su hija (se refería a la zorra de mi mujer) había acudido a mi cabecera, que me había tomado la cabeza en su regazo y que me había acunado como a un niño —como movida por el despenar del instinto materno—. ¡Ojalá hubiera entregado yo entonces el alma! ¿Había muerto el hijo que llevaba en las entrañas? ¿Lo había alumbrado? Lo ignoro.

En este cuarto que, insensiblemente, iba haciéndose más estrecho y más oscuro que la tumba me pasaba el rato esperando a mi mujer y esta no venía nunca. ¿Acaso no era ella la causa de mi tormento? No bromeo. Hacía tres años, no, dos años y cuatro meses —pero ¿qué son los años y los meses? Para mí es algo que no tiene sentido; para quien está encerrado en una tumba, el tiempo no tiene valor—, dos años y cuatro meses que este cuarto era el sepulcro de mi vida y de mis pensamientos. La agitación, el tumulto, los espectáculos fruto de la existencia de la chusma, creada tanto en lo físico como en lo moral a partir de un modelo uniforme, todo me parecía insólito y carente de significado. Desde que estaba en cama, me había despenado a un mundo tan extraño que no me interesaba el de la chusma. Lo que yo llevaba en mí era un universo misterioso y me sentía obligado a explorarlo con minucia.

Y por la noche, cuando todo mi ser flotaba en los confines de los dos mundos, antes de sumirme en un sopor profundo y vacío, soñaba. En un abrir y cerrar de ojos, recorría toda una existencia diferente de la mía. Aspiraba otro aire, me iba muy lejos, como para huir de mí mismo o cambiar mi destino. Cuando cerraba los ojos era cuando se me mostraba mi autentico universo. Esa fantasmagoría vivía con vida propia. A su albedrío, se desvanecía y luego volvía a tomar cuerpo; mi voluntad parecía no tener poder sobre ella. Pero tampoco eso es seguro. Las imágenes que se formaban de esa manera ante mí no eran las de las ensoñaciones corrientes pues aún no era presa del sueño. Rodeado de tranquilidad y silencio, las analizaba, las comparaba. Me parecía entonces que hasta aquel momento había sido siempre un desconocido para mí mismo. El mundo, tal y como me lo había representado siempre antes, perdía su significado y su vigor; en su lugar, reinaba la oscuridad de la noche (no me habían enseñado a contemplar la noche y a amarla).

No sé si en semejantes momentos los brazos me obedecían o no. Creía que, si

hubiese dejado una mano sin control, se habría puesto en movimiento por sí misma bajo el imperio de algún impulso misterioso. Si hubiera dejado de vigilar mi cuerpo en cada una de sus partes y de dedicarle conscientemente toda mi atención, este hubiera podido cometer algún acto imprevisible incluso para mí. Sentía desde hacía mucho que me estaba descomponiendo en vida; no solo mi ser físico sino también mi alma se hallaban en perpetua oposición con mi corazón, sin que por ello se concertaran entre sí. Atravesaba una especie de proceso de desintegración, de putrefacción. Pensaba cosas que ni siquiera yo podía creer. A veces, me sentía atenazado por una conmiseración que mi razón reprobaba. A menudo, mientras hablaba con alguien o trataba algún asunto, tomaba parte activa en la conversación pero tenía la mente en otra parte, pensaba en otra cosa y me censuraba en mi fuero interno. Era una masa en descomposición: tenía la impresión de que siempre lo había sido y de que siempre había de seguir siéndolo —una mezcla incongruente e insólita—. Sentía que estaba a cien leguas de los hombres que veía y entre quienes vivía pero que, a pesar de todo, seguía siendo solidario con ellos en razón de un parecido, vago si se quiere pero bastante fuerte de todos modos. Era intolerable. Solo la constatación de las necesidades comunes que engendraba la vida tanto en mí como en ellos atemperaba la sorpresa que sentía. Sin embargo, que la zorra de mi mujer gustase a la chusma tanto como a mí me irritaba más que ninguna otra cosa. Ella, por su parte, prefería a los demás antes que a mí. Ciertamente, a uno de los dos debía de faltarnos algo.

La llamo zorra porque ningún otro nombre le va tan bien. No quiero decir «mi mujer» pues no éramos marido y mujer; sería mentirme a mí mismo. Desde toda la eternidad, la he llamado «zorra». Esta palabra tenía para mí un atractivo particular. Si me casé con ella fue por sus pérfidas insinuaciones. No, no alimentaba afecto alguno por mí. Por lo demás, ¿cómo habría podido sentir apego por alguien? Una mujer viciosa que necesitaba un hombre para el amor, otro para que la cortejara y otro más para hacerlo sufrir. Ni siquiera creo que se hubiera conformado con semejante trío. Sea como fuere, a mí era con certeza a quien había elegido para hacerme sufrir y, en verdad, no podía haber estado más acertada. Yo me había casado con ella porque se parecía a su madre, porque tenía también un vago parecido conmigo. No solo la amaba sino que, además, cada parcela de mi cuerpo la deseaba. Sobre todo, el centro de mi cuerpo. No quiero disimular mis verdaderos instintos bajo el velo de expresiones vagas como «amor», «afecto» o «afinidades espirituales». Los símbolos literarios no son mi fuerte. Me parecía que una especie de irradiación o de aureola, semejante a las que dibujan alrededor de la cabeza de los profetas, me vibraba en el centro del cuerpo y otra vibraba en el centro del suyo; mi enfermiza aureola reclamaba fatalmente la de ella y la atraía hacia sí con todas sus fuerzas.

Cuando me sentí más vigoroso, decidí marcharme a la ventura, como un perro leproso que sabe que tiene que reventar o como esas aves que se esconden en el momento de morir. Me levanté muy temprano, me vestí, cogí dos bollos que andaban

rodando por la estantería y me eché a la calle sin llamar la atención de nadie. Huía de mi propia desgracia; anduve vagando por las calles, sin meta, sin saber siquiera adónde iba, entre la chusma de rostro ávido, lanzada en persecución del dinero y el vicio. No tenía necesidad alguna de ver a esos seres: ¿acaso no estaba cada uno de ellos hecho a la imagen de todos los demás? Todos tenían una boca de la que colgaba un puñado de entrañas que remataba el sexo.

De pronto, me sentí más ágil y más ligero; los músculos de las piernas se me movían con una celeridad inconcebible. Me sentía liberado de todas las trabas de la existencia. Me encogí de hombros. Se trataba de uno de los tics de mi infancia; cada vez que me quitaba de encima un trabajo o una responsabilidad, haría ese mismo gesto.

El sol, ya alto, empezaba a calentar con fuerza. Me introduje en un dédalo de callejuelas desiertas, flanqueadas de casas grises que presentaban extrañas formas geométricas cúbicas, prismáticas y cónicas; había en ellas tragaluces bajos y oscuros; se las veía en mal estado, abandonadas, provisionales. Era inconcebible que algún ser vivo las hubiera ocupado alguna vez.

Como una navaja de oro, el sol cortaba la sombra de las paredes, las calles se estiraban entre las viejas paredes blancas. Todo estaba tranquilo y silencioso como si los elementos hubieran observado la sagrada y apaciguadora ley del silencio que imponía el aire abrasador. Doquier se percibía el misterio al acecho. Los pulmones no se atrevían ya a respirar.

De pronto, me di cuenta de que había traspasado la puerta de la ciudad. Con sus mil bocas ávidas, el calor del sol me succionaba el sudor del cuerpo. Los destellos de la luz prestaban a la maleza de la llanura un tono azafranado. Desde el fondo del cielo, el astro, cual ojo enfebrecido, derramaba sus rayos sobre el paisaje mudo e inanimado. Mientras tanto, el suelo y las plantas exhalaban un singular olor, tan fuerte que, al respirarlo, rememoré ciertos instantes de mi infancia. Me volvieron a la mente gestos y palabras de aquel tiempo pasado. Sentí incluso que uno de aquellos momentos lejanos volvía a cobrar vida con tanta intensidad como si hubiera ocurrido la víspera, me invadió un vértigo delicioso igual que si hubiera vuelto a nacer en un mundo perdido. Esta sensación iba acompañada de una embriaguez que me subía por todas las venas y los nervios y me invadía todo el cuerpo del mismo modo que un vino dulce y añejo. Iba reconociendo, en la llanura, las zarzas, las piedras, los troncos de los árboles y los minúsculos brotes de tomillo silvestre. Iba reconociendo el olor familiar de las hierbas. Me sumí entonces en el recuerdo de mis viejos tiempos. Y, sin embargo, esas reminiscencias se habían apartado de mí como por arte de magia. Compartían una vida independiente; yo no era sino su lejano y miserable espectador. Entre ellas y yo se había abierto un profundo abismo, tenía el corazón vacío y la maleza había perdido su encantador aroma de antaño. Los cipreses estaban más separados entre sí, las colinas eran más áridas. Aquel que yo había sido no existía ya y, si lo hubiera evocado, si le hubiera hablado, no me habría oído, no me habría

entendido. Habría tenido el rostro de un viejo conocido pero no habría sido yo, ni siquiera un fragmento de mí.

El mundo adquirió a mis ojos el aspecto de una casa desierta y triste y me sentía tan trastornado como si hubiera tenido que recorrer descalzo todas las habitaciones de esa morada. Iba de una a otra pero cuando llegaba a la última, cuando me encontraba cara a cara con la zorra, las puertas que había cruzado se cerraban solas a mis espaldas; solo las sombras oscilantes de los muros de ángulos matados montaban guardia junto a mí, semejantes a esclavos negros.

Llegué cerca del Suren^[19]. Ante mí se erguía una montaña pelada. Su perfil seco y duro me recordó al de mi nodriza. Existía entre ambas siluetas no sé qué parecido. Rodeando la montaña sin apartarme de ella, llegué a un ameno paraje en medio de un círculo de colinas. El suelo estaba cubierto de capuchinas violeta. En la cresta, se divisaba una fortaleza construida con ladrillos macizos.

Estaba cansado; fui a sentarme a la orilla del río, en la arena, al pie de un viejo ciprés. El lugar estaba desierto y tranquilo y tenía la impresión de que ningún ser humano se había aventurado nunca hasta allí. De pronto, me di la vuelta; una niña que había surgido de detrás de una cortina de cipreses caminaba en dirección al castillo. Llevaba unas prendas negras de un tejido muy fino parecido a la seda. Iba comiéndose las uñas de la mano izquierda. Se desplazaba como si fuera deslizándose, con aspecto indolente y desvergonzado. Tuve la sensación de haberla visto antes, de conocerla. Pero me separaba de ella una distancia considerable y estaba a contraluz. No pude ver cómo ocurrió su repentina desaparición.

Permanecí allí, estupefacto, incapaz de hacer el menor movimiento. La había visto con mis propios ojos pasar ante mí, desvanecerse. ¿Era un ser de carne y hueso o un fantasma? ¿Había soñado, seguro que estaba despierto? Hice un esfuerzo para reunir mis recuerdos. En vano. Un singular escalofrío me recorrió la espalda. Todas las sombras de la fortaleza parecían haberse animado bruscamente; tal vez aquella niña era uno de los antiguos habitantes de la ciudad de Rayy.

El paisaje cobró de repente un aspecto familiar: ya una vez, en mi infancia, había venido aquí. Era un día de «Sizdeh beder»^[20], estaba con mi madrastra y con la zorra. ¡Cuántas persecuciones alrededor de los cipreses, cuántas carreras y juegos! Luego, algunos otros niños se unieron a nosotros, pero no me acuerdo bien. Estábamos jugando al escondite. Cuando iba persiguiendo a la zorra por las orillas del Suren, esta resbaló y se cayó al agua. La sacaron y la llevaron al abrigo de un ciprés para cambiarla de ropa. Yo fui detrás. Habían extendido un velo de mujer ante ella, pero, escondido tras el árbol, pude verla a hurtadillas. Sonreía mientras se mordía ligeramente el dedo índice de la mano izquierda. Por fin, la envolvieron en un chal blanco y tendieron al sol su liviano vestido de seda negra.

Me eché en la arena al pie del viejo ciprés. Oía murmurar el agua y su susurro evocaba esas palabras sin ilación que se pronuncian en sueños.

Hundí, involuntariamente, las manos en la grava cálida y húmeda que oprimí

entre las palmas. Era igual que la carne de una niña que se hubiera caído al agua y a la que hubieran cambiado de ropa.

No sé cuánto tiempo transcurrió así. Por fin, me levanté y, maquinalmente, me puse en camino. Todo estaba silencioso y tranquilo. Andaba sin ver nada. Una fuerza contra la que nada podía mi voluntad me obligaba a seguir caminando. Tenía toda la atención concentrada en los pasos que daba. O, mejor dicho, no andaba, me deslizaba como aquella niña vestida de negro. Cuando volví en mí, me di cuenta de que había regresado a la ciudad y de que estaba ante la casa de mi suegro. No sé cómo fue pero pasé cerca de la casa de mi suegro. Su hijo menor, mi cuñado, estaba sentado en los escalones. El niño se parecía al viejo como dos gotas de agua.

Tenía unos ojos rasgados de turcomano, los pómulos salientes, la tez oscura, la nariz sensual, el rostro enjuto y brutal. Se estaba chupando el dedo índice de la mano izquierda. Maquinalmente, me acerqué a él, saqué los bollos del bolsillo y se los ofrecí: «Me los ha dado Shah Yan^[21] para ti». Pues él llamaba a mi mujer «Shah Yan» como si fuera su madre. Lleno de asombro, contempló, con sus ojos rasgados, los bollos que había aceptado con mano vacilante. Me senté en los escalones y me puse al niño en las rodillas. Lo abracé. Tenía el cuerpo tibio, las pantorrillas parecidas a las de mi mujer y la misma ingenuidad en los gestos. La boca recordaba a la de su padre, pero en él me atraía lo que en el viejo me repugnaba. Hubiérase dicho que un beso prolongado y ardiente acababa de abandonar sus labios entreabiertos. Bese esa boca completamente igual a la de mi mujer y cuyos labios tenían el sabor amargo y agrio del culo de un pepino. Seguramente, los de la zorra tenían el mismo sabor.

En ese preciso momento, divisé al padre, ese viejo jorobado, con una bufanda al cuello. Salía de la casa. Pasó junto a mí sin mirar hacia donde yo estaba. Reía con risa entrecortada, horrible, que ponía los pelos de punta. Se reía tan fuerte que se le estremecían los hombros. Hubiera querido hallarme a cien leguas bajo tierra. La tarde ya estaba cayendo. Me levanté. Hubiera querido huir lejos de mí mismo. Maquinalmente, tomé el camino de casa, sin ver nada ni a nadie. Me parecía que andaba errante por una ciudad desconocida. Estaba rodeado de casas, unas casas raras, contrahechas, que presentaban formas geométricas: había en ellas tragaluces oscuros y parecían abandonadas. Era inconcebible que algún ser vivo las hubiera ocupado alguna vez. Las paredes blancas despedían una luz mórbida y, cosa curiosa, increíble, cada vez que me paraba ante una de esas paredes, la claridad de la luna proyectaba en su superficie mi inmensa y compacta sombra pero sin cabeza. ¡A mi sombra le faltaba la cabeza! Había oído decir que cuando alguien ve en la pared su sombra sin cabeza muere dentro del año.

Regresé a casa espantado y me refugié en mi cuarto. Al momento, empezó a sangrarme la nariz. Tras haber perdido mucha sangre, me derrumbé en la cama sin conocimiento. Mi nodriza me hizo una cura.

Antes de acostarme, me contemplé en el espejo. Tenía el rostro descompuesto, flácido y sin alma. Tan flácido que no me conocía a mí mismo. Me metí en la cama

y me tapé la cabeza con las mantas. Tras haber dado mil vueltas, acabé por ponerme cara a la pared. Encogí las piernas, cerré los ojos y seguí soñando despierto. Hilos que entretejían mi destino sombrío, triste, terrible y delicioso —lugares en que la vida se funde con la muerte y en que nacen imágenes deformadas, lugares en que antiguas represiones, deseos confusos, sofocados, resucitan pidiendo venganza—. Me sentí aislado de la naturaleza y del mundo sensible, dispuesto a perderme en la corriente de la eternidad. Murmuré repetidamente: «Muerte, muerte, ¿dónde estás?». Ello me calmó. Cerré los ojos.

Me encontré en la plaza Mohammadiyé. Habían levantado una gigantesca horca y habían colgado al viejo chamarilero de enfrente. Unos guardias borrachos bebían vino al pie del cadalso. Mi suegra, con el rostro congestionado y esa expresión que también tiene mi mujer cuando está furiosa, con labios pálidos y ojos feroces, me tiraba de la mano, tiraba de mí para sacarme de entre la muchedumbre y, señalándome, le decía al verdugo vestido de rojo: «¡Cuelgue a este también!». Me desperté temblando. Estaba más ardiente que un horno, empapado de sudor. Me abrasaban las mejillas; me levanté para beber y humedecerme el rostro, para echar fuera esa pesadilla. Me volví a acostar. Pero no concilié el sueño. En la penumbra luminosa, miraba fijamente la jarra de la estantería. Me daba la impresión de que, mientras esta estuviera allí, no podría dormirme. Me entró un temor absurdo de que se cayera. Me levanté para ponerla en lugar seguro. Pero un impulso misterioso e inesperado hizo que la golpeará involuntariamente con la mano. El recipiente cayó, rompiéndose. Por fin, cerré con fuerza los ojos. Me pareció que mi nodriza se había levantado para acudir a mi lado y que me estaba mirando. Apreté los puños bajo la manta. Pero no había ocurrido nada fuera de lo normal. Por fin, medio adormilado, oí ruido en la calle, el ruido de los pasos de mi nodriza que, con las zapatillas en chanclas, iba a comprar pan y queso.

Luego, sonó la voz lejana de un vendedor. Iba pregonando: «¡Moras negras, para echar la bilis!». No, la vida volvía a empezar, extenuante, siempre igual. La luz se tornó más viva. Un rayo de sol, reflejado en el agua del estanque, había penetrado en mi cuarto a través del tragaluz y temblaba levemente en el techo.

El sueño que había tenido la noche anterior me parecía tan lejano y tan borroso como si hubiera datado de años atrás, de mi infancia. Mi nodriza me trajo el desayuno. Su rostro cansado y chupado parecía el reflejo de un espejo deformante y tenía una expresión increíblemente cómica; hubiérase dicho que aguantaba un peso considerable que tiraba de él hacia abajo.

Aunque la Tata sabía que el olor del *galian*^[22] me sentaba mal, se empeñaba en fumar en mi cuarto. Además, hasta que no había fumado, no se sentía «a gusto». A fuerza de hablarme de su familia, de su nuera, de su hijo, había acabado por convertirme en el cómplice del placer morboso que experimentaba al hablar de ellos. ¡Qué cosa tan estúpida! Me ponía a veces, sin ningún motivo, a pensar en la vida que llevaban los parientes de mi nodriza pero, no sé por qué, la existencia y la felicidad

de los demás, en todos sus aspectos, me producía náuseas. Me daba perfecta cuenta de que mi propia vida había acabado, de que se iba extinguendo suave, dolorosamente. ¿A qué interesarme entonces por la de los imbéciles, por la de esa chusma rebotante de salud que comía bien, dormía bien, copulaba bien, que jamás había padecido el menor de mis males y cuyo rostro no rozaba a cada instante el ala de la muerte?

La Tata me trataba como a un niño. Quería examinarme por todas partes. Yo aún me sentía violento ante mi mujer. Cuando esta entraba, tapaba la palangana que usaba de escupidera, me peinaba cabello y barba, me arreglaba el gorro de dormir. Pero ante mi nodriza no sentía ningún apuro. ¿Por qué esta mujer que no era nada mío tenía tal intimidad conmigo? Recuerdo que antaño, durante el invierno, instalaban una mesa camilla baja en este mismo cuarto que da al depósito de agua. Mi nodriza, la zorra y yo dormíamos en torno a esa mesa camilla. Cuando abría los ojos en el claroscuro, los dibujos de la cortina bordada que tapaba la puerta, justo enfrente de mí, cobraban vida.

¡Qué cortina tan rara y espantosa era aquella! Veíase en ella un viejo jorobado semejante a los yoguis de la India, tocado con un turbante. Se hallaba sentado bajo un ciprés y tenía en las manos una especie de sitar. Frente a él, se hallaba una hermosa joven que se parecía a la bayadera, la bailarina de los templos de la India. Llevaba las muñecas cargadas de cadenas y parecía que bailaba ante el viejo solo por coacción. Me imaginaba que a lo mejor habían arrojado al viejo a un calabozo tenebroso, en compañía de una naja, y que había salido de él con ese aspecto, con la barba y el cabello blancos. Era una cortina india con bordados de oro, como las que mi padre o mi tío nos habían enviado seguramente desde las lejanas tierras en que residían. A fuerza de analizar esa imagen en sus menores detalles, acababa por darme miedo; despertaba a mi nodriza que ya estaba medio dormida. Esta me estrechaba contra su pecho. Tema el aliento fétido; sus cabellos negros y tiesos me arañaban el rostro. Por la mañana, cuando abría los ojos, volvía a verle la misma cara pero con los rasgos más chupados y más duros. Solía ser para olvidar, para huir de mí mismo, para lo que evocaba los tiempos de mi infancia. Para sentirme como antes de estar enfermo, para sentirme sano. En esos momentos, volvía a tener la impresión de ser un niño. Me veía ante mi muerte próxima como otro ser que se hubiera apiadado de mi estado, que se hubiera apiadado de ese niño a punto de morir. Y cuando me invadía el pánico, me bastaba con ver el rostro tranquilo y pálido de mi nodriza, sus ojos hundidos, inmóviles, impasibles, su nariz apretada, su frente ancha y huesuda, para que se me despertaran todos aquellos viejos recuerdos. Tal vez irradiaba unas ondas misteriosas que me calmaban. Tenía en la sien una excrescencia de carne cubierta de vello. Me pareció que era la primera vez que notaba esa peculiaridad: nunca antes le había examinado el rostro con tanta atención.

Aunque, físicamente, hubiera cambiado, la Tata seguía teniendo las mismas preocupaciones; solo que le tenía más apego a la vida. Le daba miedo la muerte como

a esas moscas que se refugian en las casas nada más llegar el otoño. En cuanto a mí, mi existencia se alteraba cada día, cada minuto. El paso del tiempo y las transformaciones que pueden sufrir los hombres a lo largo de varios años adquirirían, en lo que a mí se refería, una cadencia mil veces más rápida, mientras que, por el contrario, la suma de los goces que pueden acompañar a tal evolución tendía a cero; tal vez, incluso, era ya inferior a cero. Hay quienes empiezan a agonizar al cumplir los veinte años, mientras que otros muchos se extinguen precisamente en el momento de morir, suave, tranquilamente, como las lámparas cuyo aceite se ha agotado.

A mediodía, la nodriza me trajo el almuerzo. Volqué el tazón de caldo, grité, grité con todas mis fuerzas. Toda la gente de casa se arremolinó ante mi puerta. También acudió la zorra pero en seguida dio media vuelta. Le miré el vientre; le había aumentado. No, aún no había dado a luz. Fueron a llamar al médico. Me alegraba por dentro de haber conseguido por lo menos molestar a esos imbéciles.

Vino el médico con sus tres pelos de barba. Me autorizó a que fumara opio. ¡Qué preciosa medicina en medio de mi martirio! Cuando fumaba, los pensamientos se me tomaban grandiosos, gráciles, encantadores, sutiles. Me movía en otro ambiente, más allá del mundo cotidiano. Mi imaginación, liberada de la fuerza de gravedad de las cosas terrestres, levantaba el vuelo hacia una esfera tranquila y silenciosa. Me daba la impresión de que andaba errante, llevado por las alas doradas de una mariposa nocturna, cruzando por un mundo vacío y brillante en el que no existía obstáculo alguno. El opio me procuraba un placer tan profundo que experimentaba en ese momento más goce del que hubiera experimentado con la propia muerte.

Me aparté del infiernillo para acercarme al tragaluz que daba al patio; mi nodriza estaba sentada al sol, limpiando la verdura. La oí decirle a su nuera: «Estamos muy impresionados. ¡Quiera Dios llevárselo y concederle el descanso!». El médico debía de haberle dicho que estaba desahuciado. Ello no me extrañó en absoluto. ¡Qué gente tan tonta! Una hora después me trajo una infusión. Había llorado tanto que tenía los ojos enrojecidos e hinchados, pero, en mi presencia, se esforzaba por sonreír. ¡Así que estaban disimulando! ¡Todo el mundo disimulaba y no les valía de nada! ¡Creían que no estaba enterado! Sin embargo, ¿por qué me daba pruebas de afecto esa mujer? ¿Por qué se sentía obligada a compadecerse de mis sufrimientos? Antaño me había metido en la boca, por dinero, sus pechos negros y flácidos, semejantes a odres. ¡Así los hubiera tenido roídos de úlceras! Ahora, su solo aspecto, unido a la idea de que en otros tiempos había mamado glotonamente la savia de la vida de esta hembra y de que nuestras carnes habían confundido su calor, bastaba para darme náuseas. Cuando era pequeño, me cubría de caricias y por eso me trataba aún con esa desvergüenza que es privilegio de las viudas y me miraba con los mismos ojos que antaño, cuando me tenía sentado en el orinal. ¿Quién sabe? Tal vez se había excitado conmigo, como hacen las mujeres con sus supuestas hermanas adoptivas.

Aún ahora, con qué curiosidad me manoseaba, me «mimaba», como solía decir. Si la zorra de mi mujer se hubiera interesado por mí, jamás hubiera yo tolerado

semejantes familiaridades por parte de la Tata. Tenía, en efecto, la íntima convicción de que el ingenio y los sentimientos nobles habían alcanzado mayor desarrollo en mi mujer que en ella. A no ser que mi pudor tuviera un origen diferente del vicio.

Todo ello explica por qué me sentía menos violento ante mi nodriza y por qué era la única que se ocupaba de mí. Por fuerza creía ella que así lo había decidido el destino y que la estrella bajo la que había nacido así lo había dispuesto. Además, aprovechaba mi enfermedad para contármelo todo: sus problemas familiares, sus alegrías, sus riñas, toda su alma sencilla, malvada y avara y, también, —y con qué animosidad— los disgustos que le daba su nuera, a quien consideraba un poco como a una coesposa que le hubiera robado el cariño de su hijo. Su nuera debía de ser guapa. La he visto por el tragaluz que da al patio: tenía los ojos castaños, el cabello rubio, la nariz pequeña y recta.

De vez en cuando, para distraerme, mi nodriza me contaba los milagros de los Profetas pero a mí me parecían deplorables la zafiedad y la estupidez que demostraba. Otras veces me ponía al corriente de las noticias. Así fue como me dijo unos días antes: «He visto a mi hija (es decir, a la zorra) cosiendo, en la hora fasta, la camisa de resurrección^[23] para el niño, para su hijo». Luego, como si ella también lo hubiera sabido, me consoló. A veces iba a buscarme medicinas a casa de los vecinos. Visitaba al brujo, al echador de buena ventura, al vidente, para pedirles augurios y consultarles sobre mí. El último miércoles^[24] del año pasado fue a pedir limosna a la gente y volvió con un cuenco lleno de cebollas, de arroz y de mantequilla rancia; me confesó que había mendigado todo aquello para lograr que me curara. Me hizo comer todas esas porquerías sin previo aviso. Me obligaba periódicamente a tomarme las pociones del médico, esas malditas pociones que me había recetado: hisopo, extracto de regaliz, alcanfor, culantrillo, magarzueta, aceite de laurel, linaza, almidón, pelitre y otras zarandajas.

Unos días antes de estos acontecimientos, me había traído un libro piadoso que tenía encima al menos un palmo de polvo. Pero no solo este libro piadoso sino ningún otro tipo de libro, de escritos o de ideas que provinieran de la chusma podían aportarme la menor ayuda. ¿Para qué tales garambainas? ¿No era yo acaso el fruto de una serie de generaciones cuya experiencia hereditaria sobrevivía en mí? ¿No era acaso la encarnación misma del pasado? Y, sin embargo, mezquita, canto del almuecín, abluciones, gargarismos y esas reverencias ante un ser omnipotente y sublime, un amo absoluto con el que hay que hablar en árabe, nada de todo eso me ha importado nunca. Hace mucho tiempo, cuando aún gozaba de buena salud, alguna vez fui a la mezquita cuando no me quedaba más remedio. Entonces me esforzaba por poner mi corazón al unísono con el de los demás pero sin poder interrumpir nunca la contemplación de los azulejos que cubrían las paredes. Los dibujos que los adornaban me sumían en deliciosos ensueños; sin proponérmelo, hallaba así un medio de evadirme. Durante los actos de devoción cerraba los ojos, me cubría el rostro con las manos y, en medio de esta oscuridad artificial, recitaba las oraciones

inconscientemente, como en sueños. No lograba pronunciar las palabras desde el fondo del corazón: prefiero hablar con alguien a quien tengo afecto o a quien conozco antes que con un Dios omnipotente y sublime. ¡Dios me rebasaba!

Cuando estaba acostado en la cama húmeda de sudor, todas esas cosas perdían importancia. Ya me resultaba indiferente saber si Dios existe en realidad o si lo han creado a su propia imagen los señores de la tierra, preocupados por dejar bien sentadas sus prerrogativas sagradas para robar más fácilmente a sus súbditos — proyección en el cielo de un estado de cosas terrestre—. Sentía entonces hasta qué punto religión, fe, creencia son algo frágil y pueril frente a la muerte; juguetes para que jueguen con ellos quienes son felices y gozan de buena salud. Frente a la terrible realidad de la muerte y de los horrores por los que estaba pasando, lo que me habían dicho acerca de las compensaciones reservadas al alma en el más allá y acerca del día del Juicio me parecía una engañifa insípida. Las oraciones que me habían enseñado resultaban ineficaces frente al miedo a la muerte.

No, el miedo a la muerte no se apartaba de mí. Quienes no han sufrido no lo entenderán. El gusto por la vida se había vuelto tan fuerte en mí que el menor instante de bienestar bastaba para compensar largas horas de sufrimiento.

Me daba cuenta de que el dolor existe pero también de que no tiene sentido. Yo era, entre la chusma, el representante de una raza desconocida. Todos ellos habían acabado por olvidar que en una época muy antigua yo también había pertenecido a su mundo. Sentía —y era algo aterrador— que no estaba ni vivo del todo ni del todo muerto. Era un cadáver ambulante. Nada me unía ya al mundo vivo y, sin embargo, no tenía las ventajas ni del olvido ni del descanso que se halla en la muerte.

Cuando hubo caído la noche, me aparté del infiernillo de opio para mirar por el tragaluz: un árbol negro se recortaba en los cerrados postigos de la carnicería. Se entremezclaban oscuras sombras. Sentí que todo era vacío y provisional. El cielo, negro como la pez, parecía un viejo *chador* acribillado por innúmeras y brillantes estrellas. Se alzó el canto del almuecín. Llamada incongruente que recordaba el grito de una parturienta —a lo mejor estaba de parto la zorra—. Se alzaba mezclado con el lamento de un perro. Pensé: suponiendo que sea cierto que cada cual tiene su estrella en el cielo, la mía debe de ser lejana, oscura, insignificante. A lo mejor ni siquiera tengo estrella.

Se oyeron entonces por la calle los gritos de una panda de guardias borrachos que pasaban gastándose bromas soeces. Cantaban a coro:

*¡Ven, vamos a beber,
a beber el vino de Rayy!
Si no bebemos ahora, ¿cuándo vamos a beber?*

Temblando de pánico, me eché a un lado. El canto flotaba en el aire de forma singular. Se alejó insensiblemente y luego se extinguió por completo. No, no venían por mí. No sabían... Todo se sumió de nuevo en el silencio, en las tinieblas. No encendí la lámpara pues me resultaba agradable permanecer en la oscuridad. La oscuridad, esa materia espesa y fluida que se infiltra en todas partes y en todas las cosas; me había acostumbrado a ella. En la oscuridad era donde cobraban vida mis pensamientos perdidos, mis terrores olvidados y esas ideas pavorosas e increíbles que se escondían en no sé qué rincón de mi cerebro. Se ponían en danza y me hacían muecas. En el rincón del cuarto, tras la cortina que colgaba junto a la puerta, había muchas de estas ideas y siluetas informes y amenazadoras.

Al lado de la cortina estaba sentado un fantasma espantoso. No se movía; no estaba ni triste ni alegre y, cada vez que me volvía hacia él, clavaba su mirada en la mía. Lo conocía. Me parecía haberlo visto ya de niño. Lo había divisado el decimotercer día del Noruz, a orillas del Suren, jugando al escondite con los demás chiquillos. Se me había aparecido con los rasgos que suelen tener los enanos grotescos e inofensivos. Su rostro recordaba al del carnicero de enfrente. Ese ser debía de haber desempeñado un papel en mi vida; seguramente lo había visto en varias ocasiones. Esa sombra era mi doble; había tomado cuerpo dentro del círculo restringido de mi vida.

Me levanté para encender la lámpara; la silueta se esfumó y desapareció por sí misma. Fui a mirarme al espejo pero no reconocí el rostro que vi en él. Era algo increíble y atroz: mi imagen era ahora más vigorosa que yo, siendo así que yo mismo no tenía más consistencia que una imagen reflejada en un espejo. No podía quedarme solo con ella en el cuarto. Sin embargo, no me atrevía a huir por miedo a que empezara a perseguirme. Éramos como dos gatos que se enfrentan para la batalla. Alcé la mano y me cubrí los ojos con ella para crear en la palma una noche eterna. Habitualmente, el miedo me procuraba una extraña embriaguez; tenía la sensación de que la cabeza me daba vueltas, se me doblaban las rodillas y sentía ganas de vomitar. Observé de repente que me tenía en pie. Ello me pareció extraordinario, milagroso. ¿Cómo podía tenerme en pie? Me daba la impresión de que al menor movimiento iba a perder el equilibrio. Sentía una especie de vértigo. La tierra y cuanto la poblaba se habían alejado desmesuradamente de mí. Sentía un vago deseo de que el suelo empezara a temblar o de que se produjera un cataclismo y, de esa manera, se me ofreciera la posibilidad de volver a nacer en un universo tranquilo y luminoso.

Antes de acostarme, repetí varias veces: «Muerte, muerte...». No había abierto los labios. No obstante, el sonido de mi voz me dio miedo. Además había perdido mi antigua osadía. Era semejante a las moscas que invaden las casas cuando llega el otoño, a esas moscas secas y sin vida que se asustan del zumbido de sus propias alas. Se quedan un momento en el tabique, apiñadas, y luego, en cuanto se dan cuenta de que están vivas, se lanzan atolondradamente contra la puerta y las paredes y sus cadáveres caen por la habitación.

En cuanto se me cerraban los párpados, tomaba forma ante mí un mundo borroso. Un mundo cuyo creador era yo y que armonizaba con mis ideas y mis visiones. Sea como fuere, era mucho más real y mucho más natural que el que me rodeaba cuando estaba despierto. El tiempo y el espacio se volvían entonces inoperantes, como si mi imaginación se hubiese visto de repente liberada de cualquier coacción. Toda una sensualidad reprimida, consecuencia de mis secretas necesidades, provocaba, al liberarse en mis sueños, la aparición de formas y de accidentes inverosímiles y, no obstante, naturales. Por eso dudaba hasta de mi existencia ya que había perdido la noción de mi propio tiempo y de mi propio espacio. Todo ocurría como si yo mismo hubiera fabricado todos mis sueños y como si hubiera conocido de antemano su interpretación exacta.

Me dormí muy tarde. De repente, me vi vagando por las calles de una ciudad desconocida cuyas extrañas casas presentaban formas geométricas: prismáticas, cónicas, cúbicas; había en ellas tragaluces bajos y oscuros; unas matas de capuchinas trepaban por las puertas y las paredes. Nada me impedía moverme libremente y respiraba sin dificultad. Pero los habitantes de aquella ciudad habían muerto de una muerte singular: se habían secado allí mismo. De la boca les habían caído sobre las ropas dos gotas de sangre. La cabeza de aquellos a quienes yo iba tocando se desprendía y caía. Ante una carnicería, vislumbré a un hombre que se parecía a nuestro vecino, el viejo chamarilero. Llevaba una bufanda alrededor del cuello y, en la mano, un enorme cuchillo. Me miraba con unos ojos tan rojos como si le hubieran cortado los párpados. Quise arrebatárle el cuchillo pero la cabeza se le desprendió y rodó por el suelo. Me asusté tanto que huí. Corría por las calles; todos los personajes que veía se habían secado allí mismo. No me atrevía a mirar atrás. Cuando llegué ante la casa de mi suegro, encontré al hermano menor de la zorra sentado en los escalones. Me metí la mano en el bolsillo y saqué dos bollos; quise dárselos pero, nada más tocarlo, se le desprendió la cabeza y rodó por el suelo. Me desperté gritando.

Aún no era completamente de día. El corazón me latía con fuerza. Me pareció que el techo me pesaba sobre la cabeza y que las paredes se habían vuelto desmesuradamente gruesas, que me iba a estallar el pecho. Lo veía todo turbio. Durante un buen rato estuve mirando fijamente, como alelado, las vigas del cuarto; las contaba una y otra vez. No bien hube cerrado los ojos, oí ruido. Era la Tata que estaba barriendo la habitación. Me había servido el desayuno arriba; subí. Me senté ante la ventana. Desde allí no se podía ver al viejo chamarilero de enfrente. Solo divisaba al carnicero, en la esquina de la izquierda. Y sus gestos que, observados desde el tragaluz, parecían terribles, torpes y graves, daban la impresión, contemplados desde lo alto, de ser ridículos y mezquinos. Hubiérase dicho que aquel hombre no había nacido para ser carnicero y que estaba interpretando un papel. Trajeron los matalones negros y héticos de cuyos costados colgaban los cadáveres de los corderos; tosían con tos cavernosa. El carnicero se pasó la grasienta mano por el

bigote; examinó los corderos con interés y luego, trabajosamente, llevó dos hasta la tienda. Los colgó del gancho y les acarició los muslos. Debía de pensar en los corderos por la noche, cuando acariciaba a su mujer, y calcular lo que ganaría si la sacrificara.

Cuando hubo concluido la limpieza de mi cuarto, volví a bajar. Tomé una decisión. Una decisión aterradora; fui a la alcoba y saqué del cofrecillo un cuchillo enorme con mango de asta que formaba parte de mis pertenencias. Le limpié la hoja con el faldón del caftán y luego lo metí bajo la almohada. Había un no sé qué en los gestos del carnicero cuando cortaba las piernas y pesaba las piezas... Su mirada expresaba acto seguido tal satisfacción que, a pesar mío, sentía la tentación de imitarlo. Tenía necesidad de experimentar ese placer. Por el tragaluz de mi habitación se veía un inmenso agujero azul en el ciclo, entre las nubes. Pensé que, para llegar hasta él, tendría que trepar por una escalera muy alta. Cubría el horizonte una gran nube amarilla cargada de muerte que aplastaba toda la ciudad. Hacía un tiempo terrible y delicioso. No sé por qué estaba doblado hacia el suelo. Un ambiente así siempre me infundía ideas de muerte. Pero ahora que la muerte me mostraba su rostro sangriento y que sus huesudas manos me atenazaban la garganta, solo ahora me decidía. Estaba completamente resuelto a que la zorra muriera conmigo para impedir que dijera, al fallecer yo: «¡Dios tenga misericordia de él, ya ha descansado!».

En aquel preciso instante pasó gente bajo mi tragaluz. Llevaban un ataúd cubierto por un paño negro sobre el que ardía un cirio. Fue oír recitar la profesión de fe lo que me sacó de mi ensueño. Tenderos y transeúntes interrumpieron su actividad y se desviaron de su camino para dar siete pasos en pos del féretro. ¡Hasta el carnicero cumplió ese rito por mortificación y luego volvió a meterse en su tienda! El único que no se movió fue el viejo chamarilero. ¡Qué cara tan seria tenían todos! Quizá estaban pensando en los misterios de la muerte y del más allá. La nodriza me trajo la tisana; con el ceño fruncido, iba pasando entre los dedos las cuentas de un rosario que llevaba en la mano y recitando invocaciones. Permaneció junto a la puerta de mi cuarto para rezar su plegaria; repetía en voz alta: «¡Dios mío! ¡Dios mío!...». ¡Como si fuera cosa mía tener misericordia de los vivos! Tales niñerías me dejaban frío; antes bien, me alegraba ver que la chusma también cruzaba, aunque de manera fugaz y superficial, al menos durante unos pocos segundos, por el universo en que yo vivía. ¿Acaso no era mi cuarto un ataúd? ¿No era mi cama más húmeda y fría que la tumba? Esa cama siempre dispuesta que me invitaba al sueño. Con harta frecuencia, tenía la impresión de hallarme encerrado en un ataúd. Por la noche, mi cuarto se encogía, me oprimía. ¿No era eso lo que se sentía en la sepultura? ¿Quién sabe lo que se siente después de la muerte? Aunque la sangre se coagula en el cuerpo y al cabo de veinticuatro horas algunos órganos empiezan ya a descomponerse, el cabello y las uñas siguen creciendo aún durante algún tiempo. ¿Se pierde definitivamente la conciencia en cuanto el corazón deja de latir? ¿Prosigue por el contrario una especie de vida vegetativa, gracias a la sangre que queda rezagada en los vasos capilares? La

sensación de la muerte es terrible en sí misma: ¿qué sienten, pues, quienes se dan cuenta de que están muertos? Hay ancianos que expiran con la sonrisa en los labios, como si se durmieran, igual que una lámpara que se apaga. Pero ¿qué siente un hombre joven y vigoroso que sucumbe repentinamente, tras haber luchado con todas sus fuerzas?

Había pensado tanto en la muerte, en la descomposición de las células de mi cuerpo que no solo era algo que había dejado de asustarme sino que deseaba realmente desaparecer y hundirme en la nada. Solo una cosa me daba miedo: la idea de que los átomos de mi carne se mezclarían después con los de la chusma. Tal pensamiento me resultaba insoportable y deseaba disponer, una vez muerto, de unas manos largas, provistas de unos dedos largos y sensibles, para poder juntar cuidadosamente todos mis átomos, metérmelos entre las palmas de las manos cerradas e impedir que esos fragmentos de mi ser, de exclusiva propiedad mía, entraran en el cuerpo de la chusma.

También me decía a veces que todos aquellos cuyo final está próximo debían de tener las mismas visiones que yo. Turbación, terror, espanto, deseo de vivir, todo se había borrado. Si me sentía tan tranquilo era porque me había desembarazado de las creencias que me habían inculcado. La esperanza de la nada después de la muerte era mi único consuelo, mientras que, por el contrario, la idea de una segunda vida me asustaba y abatía. ¿Pará qué quería otro mundo yo que aún no había conseguido adaptarme a este en que vivía? Ya este no estaba hecho para mí sino para un puñado de desvergonzados, de patanes, de mendigos natos, de presuntuosos, de almocrebes, de insaciables, para individuos creados a su medida, capaces de implorar y de halagar a los poderosos de la tierra y del ciclo, como ese perro famélico que mueve el rabo ante el puesto del carnicero para que alguien le eche un trozo de tendón. Sí, la idea de una segunda vida me asustaba y me abatía; no me hacía falta alguna ver todos esos mundos asquerosos, todas esas fisonomías repugnantes. ¿Acaso tenía Dios tal mentalidad de advenedizo que sentía la necesidad de asombrarme con sus creaciones?

Francamente, si me viera obligado a soportar una nueva existencia, me gustaría tener la mente y los sentidos obnubilados y embotados. Entonces no tendría ya dificultad para respirar y podría, sin hartarme, pasarme toda la vida a la sombra de las columnas de un templo de Lingam, caminando de un lado para otro y evitando cuidadosamente que el sol me diera en los ojos y que la voz de los hombres o los ruidos de la vida me irritaran los oídos.

Cuanto más me sumía en mi mismo, semejante a esos animales que, durante el invierno, se meten en su madriguera, con mayor nitidez captaban mis oídos la voz de los demás y con mayor nitidez oía resonar mi propia voz en la garganta. La soledad, el abandono que pesaban sobre mí se parecían a las noches fin, negras, densas, a esas noches preñadas de una oscuridad tenaz, compacta y contagiosa, que se disponen a

descender sobre las ciudades desiertas en que pululan los sueños de lujuria y de odio. Sin embargo, frente a esa garganta con la que me confundía por completo, mi propia existencia no era más que un postulado absurdo. La fuerza que, en el momento del coito, hace que se peguen uno a otro dos seres, cada uno de los cuales intenta huir de su soledad, procede del mismo impulso demente que existe en todos, mezclado con una nostalgia que solo tiende hacia el abismo de la muerte.

La muerte es la única que no miente.

Su presencia reduce a la nada todas las supersticiones. Somos hijos de la muerte. Ella es quien nos libra de las trapacerías de la existencia. Incluso desde las profundidades de la vida, ella es quien nos llama a gritos y si, demasiado jóvenes aún para entender el lenguaje de los hombres, interrumpimos a veces nuestros juegos, es porque acabamos de oír su llamada...

Durante toda nuestra estancia en la tierra, la muerte nos hace señas para que vayamos hacia ella. ¿Acaso cada uno de nosotros no se sume a ratos en unos ensueños sin causa que lo absorben hasta el punto de hacerle perder por completo la noción del tiempo y del espacio? Ni siquiera sabemos en qué pensamos pero, acabado el ensueño, hemos de hacer un esfuerzo para volver a tomar conciencia de nosotros mismos y del mundo exterior. Es, una vez más, la llamada de la muerte.

Cuando, acostado en mi cama húmeda que apestaba a sudor, los párpados me empezaban a pesar y me disponía a abandonarme al no-ser y a la noche eterna, todos mis recuerdos desvanecidos, todos mis terrores olvidados resucitaban; miedo a que las plumas de mi almohada se transformaran en hojas de puñales y que los botones de mi chaqueta se volvieran tan grandes como ruedas de molino; a que mi pan se rompiera como el vidrio si se me caía al suelo; miedo a que, si me dormía, el aceite de la lámpara se desparramara por el suelo, incendiando la ciudad; aprensión de oír los pasos del perro resonar ante la tienda del carnicero como los cascos de un caballo; terror a oír al viejo chamarilero echarse a reír delante de su puesto y seguir riendo sin poderse parar. Miedo a que se me petrificaran las manos, miedo a que mi cama se convirtiera en losa sepulcral, girara sobre sus goznes, me enterrara y cerrara sus dientes de mármol, miedo pánico ante la idea de que ahogaría mi voz: por mucho que gritara, nadie acudiría a ayudarme...

Ansiaba evocar el recuerdo de mi infancia pero, cuando acudía a mí y sentía su presencia, todo era tan duro y tan doloroso como en aquellos lejanos tiempos.

Tosía con la misma tos que los pencos negros y escuálidos que veía delante de la tienda del carnicero, sentía la necesidad de escupir y temía encontrar rastros de sangre en mis esputos. ¡Sangre, ese líquido fluido, tibio, salado, procedente de lo hondo del cuerpo, esencia de la vida que hay que vomitar! ¡Perpetua amenaza de la muerte que pasa, aplastando cualquier pensamiento sin dejar siquiera la esperanza de un retomo! ¡Qué horror!

Fría e indiferente, la vida va revelando poco a poco a cada cual la máscara que lleva. Pues todo ocurre como si cada individuo tuviera a su disposición varias

máscaras. Algunos utilizan siempre la misma: se les mancha, claro está, y se les arruga. Esos son los ahorrativos. Otros conservan las suyas pensando en sus descendientes; otros, en fin, se la cambian continuamente pero, en cuanto se acercan a la vejez, se dan cuenta de que están usando la última y de que se va a deteriorar rápidamente; entonces es cuando aparece su rostro real.

No sé qué virtud tóxica poseían las paredes de mi cuarto; me envenenaban la mente: seguro que un criminal, un loco furioso había ocupado este lugar antes que yo. No solo las paredes de mi cuarto sino cuanto veía en el exterior, el carnicero, el viejo chamarilero, mi nodriza, la zorra, la gente que divisaba habitualmente e, incluso, el cuenco que me servía para tomarme el caldo de cebada, la ropa que llevaba, todo conspiraba para mantenerme en esos ensueños enfermizos. Hace poco, ha cambiado el curso de mis reflexiones. Era una tarde, en un baño público. Me estaba desnudando en el estrado. El bañero me echaba agua por la cabeza. Me pareció que así se lavaban mis ideas negras. Vi mi sombra en la pared empañada de vaho; delgada y frágil como hace diez años, cuando aún era un niño. Recordé que, en aquellos tiempos, se perfilaba exactamente igual en la pared húmeda del baño.

Me examiné el cuerpo; los muslos, las pantorrillas y el sexo tenían una apariencia desesperadamente voluptuosa. Su sombra era la misma que hace diez años, cuando aún era un niño. Y sentí que mi vida se había desvanecido como una sombra errante, como esas sombras que tiemblan levemente en la pared del baño, insignificantes y sin meta. Por el contrario, los otros hombres eran pesados, sólidos, robustos y, como es natural, sus sombras se recortaban con mayor fuerza y amplitud en la húmeda pared del baño donde dejaban subsistir algún tiempo su vestigio mientras que la mía se borraba muy deprisa. Cuando me volví a vestir, en la antecámara, mis gestos, mi fisonomía y mis pensamientos sufrieron una nueva transformación, como si me hubiera introducido en un ambiente y en un universo nuevos, como si hubiera conocido un segundo nacimiento en ese mundo del que estaba asqueado. En cualquier caso, había recobrado la vida pues no haberme disuelto como un bloque de sal en la piscina de la estufa era para mí un milagro.

Mi vida me parece tan extraña, tan incoherente como el dibujo que adorna la escribanía que estoy utilizando ahora mismo. Seguramente este dibujo es obra de un artista loco y maniático. Las más veces, cuando me da por examinarlo, me resulta familiar. Tal vez sea él... Tal vez sea este dibujo el que me obliga a escribir. Representa un ciprés a cuyo pie se halla sentado un anciano encorvado, semejante a los yoguis de la India. Se envuelve en un *aba*, lleva un turbante en la cabeza y apoya el dedo índice de la mano izquierda en los labios, petrificado en un gesto que expresa asombro. Frente a él, una joven envuelta en largos ropajes negros, tal vez una bayadera, baila con movimientos extraños. Lleva una flor de capuchina en la mano. Un riachuelo separa a ambos personajes.

Sentado en mi alfombrilla de opio, dejaba que se me disiparan todas las ideas negras en el humo sutil y celeste de la droga. En semejantes momentos, era mi cuerpo el que pensaba y soñaba; creía deslizarse por el espacio, como sustraído a los efectos de la gravedad y a la densidad del aire. Volaba en el seno de un universo ignorado, lleno de colores y de cuadros desconocidos. El opio le insuflaba su alma perezosa y vegetal. Evolucionaba, por lo tanto, en un mundo vegetal. Me había convertido en planta. Pero mientras dormitaba ante el infiernillo y la alfombra de cuero, con el *aba* por los hombros, pensé, no sé por qué, en el viejo chamarilero, sentado ante su puesto, encorvado, en la misma postura que yo. La idea me llenó de pavor. Me levanté, arrojando lejos el manto. Fui a mirarme al espejo. Me ardían las mejillas: las tenía tan rojas como la carne colgada en el puesto del carnicero. Sin embargo, a pesar de que llevaba la barba revuelta, tenía una expresión sublime de la que se desprendía un auténtico encanto; mis ojos de enfermo estaban cansados, doloridos, eran infantiles; pero, como si todas las cosas densas, humanas, se hubieran fundido en mí, me agradaba mi rostro; experimentaba, en contacto conmigo mismo, una especie de goce sensual. Decía ante el espejo: «Tu mal es tan profundo que se te ha metido hasta el fondo de los ojos. Si lloras, las lágrimas te saldrán del fondo de los ojos, ¡si no no podrían fluir!». Proseguí: «Eres un imbécil, ¿por qué no acabar ahora mismo? ¿Qué esperas, pero qué esperas aún? ¿No está la botella de vino ahí, en tu alcoba? Toma un trago. Muere, puesto que ya estás muerto... Imbécil... Que eres un imbécil... ¡Estoy hablando para nada!». No eran más que ideas inconexas que se me pasaban por la mente. Era cierto que oía que la voz me sonaba en la garganta pero no entendía lo que decía. El sonido de las palabras se me mezclaba en la cabeza con los ruidos del exterior, como cuando tenía fiebre. Mis dedos me parecieron mayores que de costumbre; tenía los párpados pesados, los labios me habían aumentado de volumen. Cuando me volví, vi a mi nodriza, de pie en el umbral de la puerta. Me eché a reír. Tenía el rostro inmóvil, la mirada fija, pero no expresaba sorpresa ni enfado, ni tampoco tristeza. Suele ser este un gesto estúpido que provoca la risa. Pero mi risa tenía un sentido más profundo. Esta enorme estupidez estaba relacionada con las demás cosas del mundo que no se han podido captar y que son difíciles de entender, con cuanto se ha perdido en las tinieblas de las noches. Era un gesto sobrehumano de la muerte. Mi nodriza alzó el infiernillo y salió con pasos lentos. Me sequé el sudor que me corría por la frente. Tenía las manos cubiertas de manchas blancas. Me recosté contra la pared con la cabeza apoyada en el zócalo; me pareció que me encontraba mejor. Entonces, canturreé este estribillo que había oído no sé dónde:

*¡Ven, vamos a beber vino,
a beber el vino de Rayy!
Si no bebemos ahora, ¿cuándo vamos a beber?*

En cada ocasión, notaba cuándo me iba a dar el ataque. Su proximidad me llenaba de una singular turbación. Era como un desasosiego, una angustia, un período que precede a la tormenta. Entonces, el mundo real se alejaba de mí y me parecía que vivía en un universo centelleante, a una distancia desmesurada de esta tierra.

Tenía miedo de mí mismo, miedo de la gente; era algo que procedía sin duda de la enfermedad y eso me había debilitado la mente. Cuando me ponía delante del tragaluz, tenía también miedo del viejo chamarilero y del carnicero, si los veía. Sus gestos y su fisonomía tenían un no sé qué aterrador. Mi nodriza me ha contado algo terrible: me ha jurado por todos los santos que ha visto al viejo chamarilero entrar por la noche en los aposentos de mi mujer y que, a través de la puerta, ha oído a la zorra decirle: «Quítate la bufanda». Es algo que supera el entendimiento. Hace dos o tres días, cuando grité y acudió mi mujer a mi cuarto, vi, vi con mis propios ojos en sus labios la marca de los dientes sucios, amarillos y picados del anciano, de esos raigones por entre los que brotan versículos del Corán. Y además, ¿por qué se ha instalado ese individuo delante de nuestra casa? Inmediatamente después de mi boda. ¿Era el pretendiente? ¿El pretendiente de la zorra? Recuerdo que aquel día me acerqué a su puesto y le pregunté el precio del jarrón. Entreabrió los deformes labios dejando asomar entre los pliegues de la bufanda dos dientes picados y rio: era una risa seca, terrible, que ponía los pelos de punta. Me dijo: «¿Así que compras sin fijarte? Este jarrón es de regalo ¡ja! ¡Cógelo, muchacho, y que te traiga suerte!». Dijo con tono especial: «De regalo, que te traiga suerte». Me hurgué en el bolsillo y deposité dos dirhams y cuatro pashis^[25] al filo de la alfombra. Volvió a reír con una risa terrible que ponía los pelos de punta. Hubiera querido hallarme a cien leguas bajo tierra. Hundí el rostro entre las manos y me alejé.

Todo el puesto despedía ese olor a moho propio de las cosas sucias, echadas a perder, que la existencia ha arrumbado. Tal vez tenía empeño en poner a la vista del público los desperdicios de la existencia, en que este los viera bien. ¿Acaso no era él también decrepito y contrahecho? Todos los objetos de su puesto estaban muertos, eran sucios, inservibles, ¡pero cuán tenaz era su vida, cuán significativas sus formas! Esas cosas difuntas dejaron en mí una huella mucho más profunda de la que jamás dejara ningún hombre vivo.

Sin embargo, la Tata me lo había contado... se lo había repetido a todo el mundo... ¡Con un mendigo mugriento! Me dijo que había llenado de ladillas la cama de mi mujer y que esta había llegado a verse obligada a ir al baño. ¿Qué aspecto tenía su sombra en la pared húmeda del baño? Sensual y prometedor sin duda. A fin de cuentas, aquella vez no me desagradó la elección de la zorra: el viejo chamarilero no era un granuja vulgar e insulso como esos mujeriegos que atraen a las hembras lujuriosas y necias. Los sufrimientos y las desgracias que se habían ido depositando, capa a capa, en su rostro, la repugnancia que inspiraba su persona le prestaban, tal vez sin que él tuviera conocimiento de ello, la apariencia de una especie de semidiós. En su miserable puesto se encarnaba el símbolo de la creación.

Sí, había visto la señal de sus dos raigones amarillos y picados por entre los que brotaban versículos del Corán, la señal de sus dientes en el rostro de mi mujer, esa mujer que no me dejaba acercarme a ella, que me despreciaba, a la que sin embargo amaba aunque ni una sola vez me hubiera dejado besarle los labios.

El sol se estaba poniendo, se alzó el redoble melancólico de los tambores^[26]. Era una música débil y lastimera cuyo acento despertaba, junto con todas las supersticiones hereditarias, el terror a las tinieblas. El ataque que había sentido acercarse y que estaba esperando estalló por fin. Me ardía todo el cuerpo y me hallaba a punto de asfixiarme. Me derrumbe en la cama: cerré los ojos, la fiebre ampliaba los objetos y los rodeaba de un halo. En lugar de bajar, el techo se alzaba, la ropa me oprimía. Me levanté sin saber por qué y me senté en el borde de la cama. Murmuraba: «Esto no puede seguir así... Es insoportable...». Me callaba de repente y luego decía con tono claro y burlón: «Esto no puede...». Y, por fin, añadía: «Soy un imbécil». No prestaba atención al sentido de las palabras que pronunciaba pero me divertía oír vibrar mi voz en el aire. Tal vez era a mi sombra a quien hablaba para distraerme de mi soledad. Entonces vi algo increíble: se abrió la puerta y entró la zorra. Me di cuenta de que se acordaba de mi de vez en cuando. Era cosa de agradecersele. Así que ella también recordaba que estaba vivo, que sufría y que me hallaba encadenado a una lenta agonía. ¡Era cosa de agradecersele! Solo hubiera querido saber si se daba cuenta de que moría por ella. En tal caso, hubiera podido dar el último suspiro con toda tranquilidad. Hubiera sido incluso el más feliz de los hombres. La zorra entró en mi cuarto; se me disiparon las ideas negras. Su cuerpo, sus gestos desprendían una especie de fluido que me calmaba. Esta vez tenía mejor aspecto, había engordado y se la veía más robusta. Llevaba una chaqueta púrpura; tenía las cejas depiladas, un lunar en la mejilla y los ojos y el rostro maquillados. En una palabra, entró en mi cuarto de punta en blanco. Se notaba que estaba contenta con la vida que hacía. Se llevó maquinalmente el dedo índice de la mano izquierda a la boca. ¿Así que esta era aquella niña grácil, etérea, con un arrugado vertido negro, con quien jugaba yo al escondite a orillas del Suren? ¿Aquella niña de aspecto descarado, infantil, fugaz, cuyos sensuales tobillos asomaban bajo la falda del vestido? Nunca hasta entonces la había mirado con suficiente atención. Fue como si hubiera caído un velo. Pero pensé sin querer en los corderos colgados en el puesto del carnicero; me pareció una pieza de cordero deshuesada. Todos sus encantos se habían esfumado. No era ya más que una mujer en sazón, metida en carnes y maquillada, que solo pensaba en vivir, una mujer de los pies a la cabeza —¡mi mujer!—. Me percaté con horror de que mi mujer se había convertido en una adulta, en plena posesión de sus facultades, mientras que yo había seguido siendo niño. A decir verdad, su rostro y sus ojos me daban vergüenza. Una mujer que se entregaba a todo el mundo menos a mí mientras que yo había de conformarme, por toda satisfacción, con la vaga evocación de su infancia, de aquella época en que sus rasgos pueriles le prestaban un aspecto borroso y fugaz y en que su rostro aún no mostraba la señal de los dientes del viejo

chamarilero. No, ya no era el mismo ser.

Preguntó con tono sarcástico: «¿Cómo estás?». Le contesté: «¿No eres libre? ¿No haces cuanto se te antoja? ¿Qué te importa mi salud?».

Salió dando un portazo, sin volverse siquiera. Al parecer, se me había olvidado la forma de hablar con los vivos. A ella, a esta mujer a la que creía insensible, la había ofendido mi respuesta; intenté levantarme para ir a echarme a sus pies llorando y pedirle perdón. Sí, llorar; si hubiera podido, me habría calmado, al menos así lo creía. Cuántos minutos, horas, siglos transcurrieron es algo que ignoro. Estaba como loco y me complacía en mi sufrimiento. Era un placer sobrehumano, un placer que yo era el único capaz de soportar. Ni siquiera los dioses, si es que existen, podrían conocer semejante deleite. Entonces fue cuando comprendí mi superioridad, mi superioridad sobre la chusma, sobre la naturaleza, sobre los dioses, esos dioses nacidos de la sensualidad de los hombres. Me había convertido en Dios, era incluso mayor que los demás dioses; sentía que me recoma una corriente de eternidad y de infinito.

... Pero volvió. No era tan dura como me imaginaba yo. Me levanté y le besé la falda del vestido, caí a sus pies agitado por sollozos interrumpidos por la tos, froté el rostro contra sus pantorrillas, la llamé incluso, en varias ocasiones, por su verdadero nombre, que tenía una especie de resonancia singular. Pero, en mi corazón, en el fondo de mi corazón, repetía: «Zorra..., zorra...». Le besaba las pantorrillas que tenían el sabor del culo de un pepino, amargo, dulce y agrio. Lloré. ¡Lloré tanto! No sé cuanto tiempo transcurrió así. Cuando volví en mí me di cuenta de que se había marchado. Me había hecho falta quizá menos de un instante para experimentar así todas las voluptuosidades y todos los dolores que es capaz de sentir el hombre. Tal vez incluso me había quedado, sin más, sentado junto a la lámpara, en la misma postura que ante mi alfombra de opio, la postura del viejo chamarilero ante su puesto. No me movía y seguía mirando fijamente el humo de la lámpara. El hollín me iba cubriendo poco a poco las manos y el rostro con su nieve negra. Cuando entró la nodriza para traerme mi caldo de cebada y mi arroz con pollo, se asustó tanto que retrocedió, dio un grito y se le cayó la bandeja. Me sentí satisfecho de haber logrado, al menos, asustarla. Me levanté para atizar la mecha con las despabiladeras. Fui a continuación a mirarme al espejo. Me extendí el hollín por el rostro: ¡qué cara más espantosa! Me estiraba los párpados con los dedos para abrir desmesuradamente los ojos, luego los soltaba; me separaba los labios, hinchaba las mejillas, me levantaba la barba, la dividía en dos puñados y los retorció; hacía muecas. ¡A qué grotescas y terribles expresiones se prestaban mis rasgos! Podía, de esta manera, ver al desnudo todos los fantasmas, todas las caras ridículas, horribles, inconcebibles que se ocultaban en el fondo de mi persona. Conocía bien todas esas muecas, las sentía en mi carne sin dejar, no obstante, de encontrarlas risibles. Estaban en mí; eran mías. Estas máscaras de espanto, de crimen, de comedia, iban desfilando una tras otra al menor mandato de mis dedos; la del viejo recitador del Corán, la del carnicero, la de mi mujer; las veía incorporarse a la mía como si esta no hubiera sido sino su reflejo.

Todas estaban en mí; sin embargo ninguna me pertenecía de verdad. ¿Acaso se había modelado mi propia fisonomía por efecto de alguna excitación misteriosa, de manías, de apareamientos, de desesperaciones ancestrales? ¡Al ser depositario de tal patrimonio aseguraba, pues, inconscientemente, forzado por una ridícula locura, la persistencia de tales expresiones! Tal vez mi rostro no había de verse libre de esas tentaciones más que en la muerte. ¿Encontraría tal vez, al fin, entonces, su apariencia natural? Sin embargo, incluso en este estado último, los aspectos que mi irónica voluntad se había complacido siempre en imprimir a mis rasgos, ¿no dejarían subsistir su huella indeleble? Sea como fuere, acababa de darme cuenta de lo que era capaz. Había tomado conciencia de mis facultades. De repente, me eché a reír. ¡Qué risa más entrecortada y terrible! Se me pusieron los pelos de punta. Ya no reconocía el timbre de mi propia voz. Era como una risa ajena que hubiera resonado muchas veces en el fondo de mis oídos. Empecé a toser al instante. Un esputo sanguinolento, un trozo de mis entrañas fue a dar en el espejo. Lo extendí con la punta del dedo. Al volverme, vi a mi nodriza más blanca que la pared, con el cabello alborotado, los ojos sin brillo y la mirada extraviada. Llevaba un cuenco de caldo de cebada, como en su anterior aparición. Me miraba, desconcertada. Oculté el rostro entre las manos y fui a refugiarme tras la cortina de la alcoba.

Quise dormir. Un círculo de fuego me oprimía la cabeza. El olor intenso y afrodisíaco que despedía el aceite de sándalo que había echado en la lámpara se me había subido a la cabeza. Olía como las pantorrillas de mi mujer; mi boca tenía el sabor a la vez dulce y amargo del culo de un pepino. Me palpé de arriba abajo, comparando mentalmente todos mis miembros, muslos, pantorrillas, brazos, con los de mi mujer. La redondez de sus muslos y de sus nalgas, la tibieza de su came me volvían a embargar con toda la fuerza de la realidad; la necesidad que de codo ello sentía me obsesionaba. Necesitaba su cuerpo ahí, muy cerca. Me hubiera bastado un simple gesto, un esfuerzo de voluntad para rechazar esa tentación, pero el círculo de fuego que me oprimía la cabeza se hizo tan estrecho y ardiente que me sumí de pronto en un océano confuso en el que flotaban horribles fantasmas.

Aún era de noche cuando me despertó el estruendo de una panda de guardias borrachos que pasaban por la calle. Cruzaban entre sí insultos soeces y cantaban a coro:

*¡Ven, vamos a beber,
a beber el vino de Rayy!
Si no bebemos ahora, ¿cuándo vamos a beber?*

Recordé. Recordé de repente que tenía guardada en la alcoba una botella de vino. Vino mezclado con veneno de naja del que hubiera bastado un trago para reducir a la nada todas mis pesadillas. Pero la zorra... Este nombre que le daba exacerbaba más mi deseo y hacía que me pareciera más viva y cálida.

¿Podía imaginar algo mejor? Compartir con ella un vaso de vino y morir luego en el mismo espasmo. Pues, ¿qué es el amor? Para el conjunto de la chusma, una orgía, un goce vil y pasajero. Hay que buscar las características del amor, tal y como lo concibe la chusma, en las canciones libertinas, los insultos y las groserías que gusta de repetir tanto si está borracha como si está sobria. Por ejemplo, «meter la pata de la burra en el jarrón», o «echarse tierra en la joroba»^[27]. De muy otra índole era mi amor por ella. Cierto es que la conocía desde hacía mucho: sus extraños ojos rasgados, su boca fina, siempre entreabierta, las entonaciones tranquilas y veladas de su voz, todo ello despertaba en mí recuerdos lejanos y dolorosos y buscaba en ellos aquello de lo que me había visto privado, el bien que me habían robado.

¿Me lo habían quitado para siempre? Tal idea me inspiraba un sentimiento más terrible y me proporcionaba una voluptuosidad de otro tipo que me consolaba de esta pasión sin esperanza. Era algo que se estaba convirtiendo en una obsesión. No sé por qué razón pensaba sin tregua en el carnicero de enfrente; lo veía remangarse diciendo: «En el nombre de Dios», trocear las piezas de carne... Su imagen no se me apartaba ya de la vista. Por fin, yo también me decidí. Era una decisión terrible. Me eché fuera de la cama y, tras haberme remangado, cogí el cuchillo de puño de asta que había escondido bajo la almohada y luego, arqueando la espalda, me eché por los hombros un *aba* marrón y me cubrí el rostro con una bufanda. En el mismo instante sentí en mi interior una personalidad desdoblada, una mezcla de carnicero y chamarilero. Me dirigí de puntillas al cuarto de mi mujer. La habitación estaba sumida en la oscuridad. Abrí despacio la puerta. La zorra debía de estar soñando; decía en voz alta y como para sí misma: «¡Quítate la bufanda!». Me acerqué a su cama, me bañé el rostro en su aliento, ardiente y suave. Qué calor tan delicioso y vivificante: respirar sus efluvios aunque solo fuera unos minutos me había devuelto sin duda la vida. ¡Ay! ¿Cuánto tiempo llevaba creyendo que todo el mundo debía de tener, como yo, un aliento abrasador? Escudriñé las tinieblas para ver si no había otro hombre en su cuarto, uno de sus amantes. No, estaba sola y me di cuenta de que todo lo que decían de ella era pura calumnia. ¿Quién sabe si no era virgen todavía? Me avergoncé de mis sospechas, me avergoncé de mí mismo. Pero esta vergüenza no duró casi nada: oí a alguien estornudar tras la puerta y luego una risa ahogada y sarcástica, una risa que ponía los pelos de punta. Me estremecí. Si ese estornudo no me lo hubiera impedido^[28], habría llevado a cabo mi propósito. La habría descuartizado y le habría entregado la carne al carnicero de enfrente que se la habría vendido a la gente. También me habría tomado la molestia de llevarle un trozo de muslo al viejo recitador del Corán, como si fuera una limosna. Al día siguiente, habría ido a preguntarle: «¿Sabes de dónde venía la carne que comiste ayer?». ¡Lo que se hubiera reído! Tenía que actuar de noche para no verle los ojos a la zorra pues su mirada llena de mudos reproches me hubiera avergonzado. Para acabar, recogí una prenda que andaba rodando al pie de la cama y en la que se me habían enredado los pies. Escapé del cuarto temblando de pánico. Arrojé el cuchillo a la terraza, él era el

que me había infundido esas ideas criminales. Alejé de mí aquel cuchillo semejante al del carnicero.

Una vez en mi cuarto, vi, a la claridad de la lámpara, que lo que había cogido era su camisa. Una camisa sucia que había estado en contacto con su carne, una camisa de seda impregnada toda ella del perfume de su cuerpo —recordaba al del jazmín—, que conservaba algo de su calor y de su vida.

Durante largo rato estuve aspirando el olor que perduraba en su prenda; me adormecí por fin con ella apretada entre los muslos. Nunca había dormido con tanto sosiego. Me despertaron de madrugada los gritos de mi mujer que se lamentaba por la pérdida de la camisa. Repetía: «¡Una camisa recién estrenada, como nueva!». ¡Pero si tenía las mangas rotas! Aunque hubiera corrido la sangre, estaba decidido a no devolver la camisa. ¿Acaso no tenía derecho a quedarme con una camisa vieja de mi mujer?

La Tata me trajo leche de burra, miel y pan. Además, había puesto en la bandeja un cuchillo con mango de asta. Me dijo que lo había visto en el puesto del chamarilero y que lo había comprado. Añadió, frunciendo el ceño: «¡Siempre puede resultar útil!». Cogí el cuchillo y lo examiné. ¡Era el mío! La Tata prosiguió con tono plañidero: «Sí, esta mañana mi hija (se refería a la zorra) me ha acusado de haberle robado una camisa. No es que yo quiera ir murmurando pero ayer abortó. Ya sabíamos que el niño... Si hasta ella decía: “Me he quedado embarazada en el baño”^[29]. Anoche, fui a darle friegas en la espalda; tenía cardenales en los brazos. Me los enseñó ella misma. Me dijo: “He bajado al sótano a la caída de la tarde y me han pellizcado los *yann*”^[30]». La Tata siguió diciendo: «¿No sabías que tu mujer llevaba mucho tiempo embarazada?». Contesté riendo: «¡Seguro que el niño se habría parecido al viejo recitador del Corán, seguro que tendría su misma cara!». La Tata se fue con gesto contrariado como si no se hubiera esperado esta salida. Me levante inmediatamente; tomé el cuchillo con mano temblorosa y fui a guardarlo en una caja vieja que había en la alcoba. Cerré cuidadosamente la tapa.

No, el niño no podía parecerse en nada a mí. Con toda seguridad habría salido al viejo chamarilero.

Por la tarde, se abrió la puerta de mi cuarto; su hermanito, el hermanito de la zorra entró mordiéndose las uñas.

Cuantos veían a ambos se daban cuenta a la primera ojeada de que eran hermanos, hasta tal punto se parecían. Tenía la boca pequeña y delgada, los labios carnosos, húmedos y sensuales, los párpados ojerosos, los ojos rasgados y con expresión de asombro, los pómulos salientes, el pelo castaño, siempre revuelto, la tez oscura. Era clavado a la zorra y tenía también algo de su aspecto satánico. Uno de esos rostros de turcomano, impasibles, sin alma, modelados por la lucha con la vida, la fisonomía de un ser que cree que todo le está permitido para asegurarse la existencia. La naturaleza parecía haberlo previsto todo. Los antepasados de estas dos criaturas habían vivido sin duda mucho tiempo a la intemperie y habían tenido que

enfrentarse con los elementos. No se habían limitado a legarles, con algunas modificaciones, su propio rostro y sus propias aptitudes, también les habían dejado de herencia su obstinación, sus apetitos, su voracidad. Conocía el sabor de su boca, era el del culo de un pepino, a un tiempo amargo y dulce.

Me miró con sus ojos asombrados de turcomano y dijo:

—Shayún cuenta que el médico ha dicho que te ibas a morir y que nos dejarías en paz. ¿Qué hay que hacer para morirse?

—Dile que ya hace mucho que me he muerto —contesté.

—Shayún ha dicho que si no hubiera abortado, toda la casa hubiera sido para nosotros^[31].

A mi pesar, me eché a reír. Era una risa seca, horrorosa, una risa que ponía los pelos de punta. Ni siquiera reconocí el sonido de mi voz. El niño se asustó y emprendió la huida.

Yo acababa de comprender el placer que sentía el carnicero cuando limpiaba el cuchillo con mango de asta en las piernas de cordero, el placer de cortar carne magra en la que se ha acumulado sangre muerta, sangre coagulada, espesa como cieno, que escapa, gota a gota, de la garganta de los animales y tiñe de rojo el suelo. El perro amarillo que merodeaba por delante de la carnicería, un cráneo de vaca caído en el suelo, esas cabezas de cordero de ojos velados por la muerte, todos ellos habían visto, todos ellos sabían.

Comprendo ahora que me había convertido en un semidiós muy por encima de las mezquinas necesidades de los hombres. Sentía que la eternidad manaba en mi interior. ¿Qué es la eternidad? En lo que a mí respecta, la eternidad era jugar al escondite con la zorra a orillas del Suren y luego, con los ojos cerrados, hundir un instante el rostro en los pliegues de su vestido. Me di cuenta de que estaba hablando solo. Ello ocurrió de una forma extraña. Quise hablarme a mí mismo pero me pesaban tanto los labios que se negaban a hacer el menor movimiento. No se movían, tampoco oía el sonido de mi voz y, sin embargo, me percaté de que hablaba solo.

Semejante a una tumba, mi cuarto se tomaba cada instante más oscuro y estrecho; la noche me envolvía en sus aterradoras tinieblas. La lámpara humeaba. Estaba envuelto en mi pelliza y mi *aba*, con una bufanda al cuello, y la sombra de mi silueta sentada se perfilaba en la pared.

Mi sombra era mucho más fuerte y nítida que mi cuerpo. Mi sombra era más real que mi cuerpo. Me pareció que el viejo chamarilero, el carnicero o la Tata y la zorra de mi mujer no eran sino otras tantas sombras mías. Sombras cuyo corro me tenía prisionero. Y yo parecía una lechuza pero los lamentos se me quedaban en la garganta y los escupía en forma de coágulos de sangre. Tal vez la lechuza padece una enfermedad que le inspira ideas semejantes a las mías. Mi sombra en la pared era exactamente la de una lechuza; se inclinaba para leer lo que estaba escribiendo yo. Seguro que lo entendía perfectamente, solo ella podía entenderlo. Cuando la miraba a hurtadillas, me daba miedo.

Noche profunda y silenciosa, igual que la que había caído sobre mi vida. Noche plagada de fantasmas horribles que, doquier, junto a la puerta, en la pared, tras la cortina, se burlaban de mí. Por momentos, mi cuarto se tornaba tan estrecho que me parecía estar tumbado en un ataúd. Me ardían las sienes; no podía mover los miembros. Un peso me oprimía el pecho, tan pesado como el de los cadáveres que cargan a lomos de los pencos negros y héticos y le entregan al carnicero.

La muerte canturreaba suavemente su canción como un tartamudo que repite cada palabra y que, cuando llega al final de un verso, tiene que volver a empezar. Su canto penetraba en la carne como el chirrido de una sierra. Chillaba y luego, bruscamente, se callaba.

Acababa de cerrar los ojos cuando pasaron en grupo unos guardias borrachos al otro lado de la pared de mi cuarto. Se cruzaban insultos soeces y cantaban a coro:

*¡Ven, vamos a beber vino,
a beber el vino de Rayy!
Si no bebemos ahora, ¿cuándo vamos a beber?*

Me dije: «¡De todas formas me va a coger la policía!». De repente, me sentí lleno de una fuerza sobrehumana. Ya no me ardía la frente. Me levanté. Me eché el *aba* marrón por los hombros. Me enrollé la bufanda en tomo a la cabeza dándole dos o tres vueltas, encorvé la espalda. Por fin, fui a buscar el cuchillo de mango de asta en la caja vieja en que lo había guardado; de puntillas, me dirigí al cuarto de la zorra. Desde la puerta, comprobé que la habitación estaba sumida en una oscuridad profunda. Escuché y la oí decir: «¡Ya estás aquí! ¡Quítate la bufanda!». Su voz había recobrado el timbre delicioso de la época de la infancia y sonaba como esas palabras que se susurran inconscientemente cuando se está dormido. Ya había oído yo esa voz en medio de un sueño profundo. Debía de estar soñando porque tenía una entonación velada, ronca, como una niña que estuviera jugando al escondite a orillas del Suren. Permanecí inmóvil un momento. Volvió a decir: «¡Ven, quítate la bufanda!».

Entré silenciosamente, a oscuras. Me quité el manto y la bufanda; me desnudé. No sé cómo ocurrió pero me metí en su cama sin soltar el cuchillo de mango de asta. La tibieza del lecho me reanimó y, presa del recuerdo de aquella chiquilla pálida, enclenque, de inocentes ojos de turcomana, con la que, antaño, jugaba al escondite a orillas del Suren, abracé ese cuerpo delicioso, húmedo de sudor, que despedía un calor reconfortante. O más bien me arrojé sobre él como una fiera hambrienta. En el fondo de mi corazón la detestaba. Amor y odio formaban un todo. Su cuerpo lozano y pálido, ese cuerpo de mujer, se abrió y me aprisionó como una naja que se enrosca en torno a su presa. Le brotaba del pecho un aroma embriagador. La carne de sus brazos, enlazados en tomo a mi cuello, despedía una suave tibieza. Todo el odio que había sentido por la zorra se había disipado y hubiera querido morir. Hacía esfuerzos por contener las lágrimas. No me había dado cuenta de que sus piernas se habían aferrado

a las mías y sus brazos a mi nuca de modo tal que formábamos un todo, como la mandrágora macho y hembra. El tierno ardor de esta carne lozana y joven penetraba en mí y lo aspiraban todos los átomos de mi cuerpo febril. La zorra me absorbía como a una presa y yo estaba dividido entre la voluptuosidad y el terror. Su boca tenía el sabor agrio del culo de un pepino. Sudaba hundido en este abrazo embriagador, estaba fuera de mí y ya no obedecía más que a mi cuerpo que cantaba muy alto su victoria. Miserable náufrago de este océano sin orillas, me abandonaba a las olas de la pasión. Sus cabellos, que olían a jazmín, se me pegaban al rostro. Desde lo hondo de nuestro ser se elevaba un grito de angustia y de placer. De pronto, me mordió tan fuerte que me partió el labio. Cuando se mordía los dedos, ¿lo hacía con el mismo arrebató? ¿Se había dado cuenta de que yo no era el viejo chamarilero? Intenté deshacerme de su abrazo pero, a pesar de todos los esfuerzos, seguía siendo incapaz de hacer el menor movimiento. Nuestras carnes estaban pegadas una a otra. Creí que se había vuelto loca. Mientras forcejeaba, moví involuntariamente la mano; sentí entonces que el cuchillo se le clavaba en el cuerpo. Un líquido caliente me salpicó el rostro. Dio un grito y me soltó. Sin librarme, no obstante, de aquella cosa tibia que me llenaba la mano, arrojé el arma. Por fin, al disponer de libertad de movimientos, palpé el cuerpo: lo encontré helado. Estaba muerta... Entonces empecé a toser pero ya no era la misma tos. Era como una risa seca y horrorosa, una risa que ponía los pelos de punta. Temblando de miedo, me cubrí los hombros con el manto y regresé a mi cuarto. Tras haberme acercado a la lámpara, abrí los dedos: ¡lo que sujetaba de esta manera era un ojo suyo! Estaba chorreando sangre de los pies a la cabeza. Me acerqué al espejo. Espantado, me cogí el rostro con ambas manos: me había vuelto igual que el... No, me había convertido en *el* viejo chamarilero. Mi cabello y mi barba eran los de un hombre que hubiera salido vivo de un reducto en el que lo hubieran encerrado en compañía de una naja. Se habían vuelto completamente blancos. Tenía el labio partido como el viejo chamarilero. Se me habían caído las pestañas, me había crecido en el pecho una mata de pelo blanco; un alma nueva se había introducido en mí. Pensaba de otra forma, sentía de modo diferente; me resultaba imposible librarme de él, librarme del demonio que se había despertado en mí. Con el rostro hundido en las manos, me eché a reír, a mi pesar, con una risa mis fuerte que nunca, que hacía que se me estremeciera todo el cuerpo, una risa cavernosa y que hubiera sido difícil saber de qué abismo perdido en el fondo de mi ser podía proceder. Una risa hueca que se me retorció en la garganta, surgida del vacío. Me había convertido en el viejo chamarilero.

V

ESTABA trastornado. Me parecía que salía de un sueño largo y profundo. Me froté los ojos. Me hallaba efectivamente en mi antiguo cuarto. Era casi de día y los cristales estaban empañados. Se oía a lo lejos cantar a los gallos. De la brasa del infiernillo que había delante de mí no quedaba ya más que un poco de ceniza fría y sin consistencia. Y mis ideas no eran ya más que un poco de ceniza sin consistencia.

Antes que nada, busqué el jarrón de Rages que me había entregado en el cementerio el viejo cochero. Ya no estaba allí. Miré a mi alrededor. Junto a la puerta vi a un hombre de inclinada sombra. No, era un anciano encorvado con la cabeza y el rostro envueltos en una bufanda; sostenía bajo el brazo un objeto en forma de jarrón en torno al cual había atado un pañuelo sucio. Reía con risa seca y horrorosa, una risa que ponía los pelos de punta. Salió. Me levanté disponiéndome a correr tras él para quitarle el jarrón, el pañuelo atado; pero el anciano se había alejado con singular agilidad. Volví sobre mis pasos. Abrí la ventana que daba a la calle. Entonces vi la silueta del viejo. Se reía tan fuerte que se le estremecían los hombros; seguía apretando bajo el brazo el pañuelo atado y se alejaba cojeando. Por fin, desapareció entre la niebla. Entonces, me volví y pase revista a mi atuendo: tenía la ropa hecha jirones; estaba cubierto de sangre coagulada de los pies a la cabeza. Dos abejorros revoloteaban a mi alrededor: sobre mi cuerpo se retorcían unos minúsculos gusanos blancos —y sentía que me aplastaba el pecho el peso de un cadáver.

Notas

[1] Las escribanías persas son cajas alargadas en cuyo interior se hacen departamentos para las plumas y demás accesorios del escriba. La superficie exterior se decora con motivos florales, paisajes o escenas delicadamente pintadas. Se llevaban sujetas al cinturón. <<

[2] Aba, amplio manto árabe que aún en la actualidad forma parte del atavío de los *mullas*. <<

[3] Se trata del gesto clásico para expresar asombro. Se ve con frecuencia en las miniaturas antiguas. <<

[4] El Noruz (Día nuevo), que cae el 1 de marzo, es el Día de Año Nuevo persa. Es antigua costumbre que el decimotercer día después de esa fiesta todos los habitantes de las ciudades y aldeas abandonen los lugares habitados y se dispersen por el campo. Quedarse en casa traería mala suerte para el resto del año. <<

[5] Costumbre zoroástrica: al nacer un niño se hacía un vino del que se conservaba una botella. <<

[6] Caracolillos como los que llevan los personajes que se ven en las miniaturas. <<

[7] Nombre de la importante población que se alza cerca de la antigua Rayy (Rages), a unos kilómetros de Teherán. La mezquita de Shah Abd-ol-Azim es un lugar muy popular de peregrinaciones. Muchas familias de la capital entierran a sus muertos en el vecino cementerio por ser lugar santo. <<

[8] La antigua ciudad de Rages que destruyeron en el siglo XIII los mogoles es famosa en la arqueología oriental por su cerámica. <<

[9] Agua que se vierte en la garganta de los muertos para facilitarles el viaje al más allá. <<

[10] Refrán. <<

[11] Las tumbas musulmanas que contienen los restos de santos o de grandes personajes suelen estar protegidas por una edificación cuadrangular cubierta por una cúpula. Dentro de tales edificios, las paredes están con frecuencia decoradas con inscripciones en forma de friso. <<

[12] Cuchara que sirve para desleír la tinta que se conserva seca hasta el momento de usarla. <<

[13] Tales amuletos, de uso corriente en Persia, se llevaban atados al brazo y consistían en hojas de versículos del Corán o fórmulas mágicas, cosidas dentro de un saquito de tela. <<

[14] Las personas piadosas dedican a devotas lecturas la velada del jueves, víspera del día de oración en común. <<

[15] Lingam, emblema fálico, símbolo de Siva. <<

[16] El pañuelo manchado de sangre que las jóvenes recién casa das exhiben como prueba de su virtud tras la noche de bodas. <<

[17] Remedios corrientes en la medicina persa tradicional. <<

[18] El ángel de la muerte. <<

[19] Río que antiguamente bañaba Rayy y, en la actualidad, Shah Abd-ol-Azim. <<

[20] El decimotercer día después del Noruz. <<

[21] Mamá. <<

[22] Pipa de agua. <<

[23] Primer vestido del recién nacido que no se cambia sino pasados una noche y un día. <<

[24] Día especialmente fasto. Mendigar por mortificación, con la finalidad de conseguir que se cumpla un deseo, es una practica habitual en el Irán. <<

[25] Equivalente, en moneda medieval, de los dos krans y el abasi de los que se habla con frecuencia en la primera parte de la novela. <<

[26] Todas las tardes, en las ciudades del antiguo Irán, una banda de música saludaba la puesta del sol. Esta costumbre se ha conservado en muchos lugares y, en particular, en Teherán. <<

[27] Expresiones vulgares que se refieren a la realización del acto sexual. <<

[28] Según una superstición, si se oye a alguien estornudar hay que dejar lo que se había empezado a hacer para evitar la mala suerte. <<

[29] Así justificaban antiguamente los embarazos sospechosos las mujeres iraníes: como a los baños públicos asistían alternativamente ambos sexos, se suponía que la polución en el agua de los hombres explicaba este fenómeno. <<

[30] A los *yann* (espíritus) les gusta frecuentar los lugares oscuros. <<

[31] El niño hubiera sido, en efecto, el único heredero de su supuesto padre. Al no haber sido madre, la viuda no podrá aspirar más que a una parte de la herencia. <<